



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Filosofía

Propuesta de una máxima a partir del concepto
de *autenticidad* en Nicol.

TESIS PROFESIONAL
para obtener el título de
LICENCIADO EN FILOSOFÍA

Presenta:

Jorge Alberto Olayo Valles

Director de tesis:

Dr. Ricardo René Horneffer Mengdehl

Enero 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria.

A mis papás, a quienes les debo todo.

Índice

Introducción.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	4
Capítulo 1 La categoría de <i>expresión</i> en el pensamiento de Eduardo Nicol.										
1.1 Expresión como dato primero.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	6
1.2 Expresividad como principio ontológico y principio de individuación.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	8
1.3 El hombre como ser simbólico.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	13
Capítulo 2 Ética en Nicol.										
2.1 Eticidad.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	21
2.2 Verdad.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	27
2.3 Vocación.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	37
2.4 Autenticidad.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	43
Capítulo 3 Máxima a partir de Nicol.										
3.1 Máxima como verdad absoluta y no universal.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	48
3.2 Propuesta de máxima a partir del concepto de <i>autenticidad</i> en Nicol.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	57
Conclusiones.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	66
Bibliografía	-	-	-	-	-	-	-	-	-	70

Introducción.

La filosofía académica, que elabora sistemas como castillos en el aire, olvida la sumisión que debemos a la naturaleza de las cosas y a nuestra propia naturaleza finita y decaída, y promulga verdades con voz de autoridad tanto más resonantes cuanto más adulteradas de error y fantasía. *Por qué* se filosofa ha de ser más importante que la filosofía que hagamos: lo que haya detrás de ella ha de valer más que ella misma. Los sistemas han de ser bien contruidos, como las casas, que hacer bien las cosas es parte de la moral de trabajo; pero el mero constructor de sistemas no es un sabio, y no puede ser sabio sin ser hombre de bien, ni hombre de bien cuando el mal se contempla como si fuera un espectáculo.¹

El presente trabajo es una investigación acerca del tema de la ética en el pensamiento de Eduardo Nicol. Concretamente, se trata de señalar la posibilidad que hemos encontrado en dicho pensamiento para postular y fundamentar, a partir del mismo, una máxima.

Podemos decir de manera muy puntual que el motivo principal para la realización de esta tarea de investigación es dar un nuevo impulso a la reflexión ética, y se busca provocar dicho impulso mediante un planteamiento bastante concreto respecto a lo que consideramos que es moral e inmoral.

Dicho planteamiento no sería posible sin el sustento de la obra y pensamiento de Eduardo Nicol, el cual es en sí mismo innovador. Se trata de todo un sistema filosófico planteado en nuevos términos, que no ignora ni niega lo evidenciado en la crisis de la razón², ni niega la historicidad propia de toda reflexión humana, sino que da cuenta claramente de todo ello, y al hacerlo nos muestra una visión de las cosas aún más rica y completa. Sin

¹ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 30

² Entendemos por crisis de la razón al momento en la historia de la filosofía en el que se pone en cuestión el que la razón humana sea el fundamento de los sistemas filosóficos. Específicamente con los cuestionamientos surgidos desde la obra de Marx, de Freud y de Nietzsche.

recurrir a artificios especulativos, su obra tiene la virtud de seguir una metodología fenomenológica particularmente estricta y consistente. Además de que añade una satisfacción particular el hecho de hacer filosofía a partir del pensamiento de un filósofo hispanohablante y de nacionalidad mexicana.

En este sentido, hemos de iniciar el trabajo haciendo una exégesis breve de la categoría de *expresión* en Nicol, con la cual, además de exponer el amplio sentido e importancia capital que tiene dentro de su pensamiento, se han de mostrar de manera muy general algunas ideas centrales de todo el sistema filosófico de Nicol. Ello para contextualizar nuestra propuesta en los términos propios del pensamiento de Nicol.

Posteriormente, en el segundo capítulo, haremos una recapitulación acerca del modo en el que Nicol concibe los conceptos de *eticidad*, *verdad*, *vocación* y *autenticidad*, pues es a partir de éstos que se abre la posibilidad de postular una máxima. De manera más puntual, expondremos las ideas de Nicol acerca de la eticidad para mostrar no sólo que no hay contradicción alguna entre nuestra propuesta y su concepción de eticidad, sino para destacar la intencionalidad que encontramos a lo largo de toda su obra, a partir de la cual nos parece que es consecuente la postulación de una máxima del modo en el que lo hacemos. Por su lado, los conceptos de verdad, vocación y autenticidad serán analizados y expuestos porque estos serán el punto de partida para fundamentar la máxima que hemos de proponer.

El tercer capítulo tratará concretamente acerca de la máxima que buscamos postular. En un primer apartado se hará la fundamentación propiamente dicha, retomando las ideas de Nicol sobre la verdad y la autenticidad. En el segundo apartado postularemos ya la máxima

como culminación de todo el análisis llevado a cabo, al tiempo que se dará respuesta a algunos posibles cuestionamientos respecto a la máxima propuesta.

Finalmente expondremos las conclusiones de esta investigación, en las que retomaremos brevemente las ideas más importantes tratadas en la misma, además de que habremos de señalar los temas y problemas más relevantes surgidos a partir de lo dicho en este trabajo, a los que valdría la pena dar seguimiento en futuras investigaciones.

Capítulo 1 La categoría de *expresión* en el pensamiento de Eduardo Nicol.

1.1 Expresión como dato primero.

Sin lugar a dudas, dentro del sistema filosófico de Eduardo Nicol una de las categorías de mayor importancia es la de *expresión*. El papel tan fundamental que dicho concepto juega a lo largo de toda su obra es complejo, pues su relevancia no se debe solamente a una, sino a las varias funciones que cumple dentro de la misma. En este apartado nos ocuparemos del concepto de expresión entendido como dato primero o evidencia primaria y como esencia de lo humano.

No son pocos los llamados que se han hecho a lo largo de la historia de la filosofía exigiendo que ésta apege su quehacer a los hechos, a la realidad que por todos es perceptible, y que sus tesis puedan ser corroborables, pues ha sido un defecto común en varios momentos de su historia el que los filósofos lleven su discurso a un plano de especulación tan alejado de la realidad, que termina por perder su valor cognoscitivo y la

esencia científica con la que la filosofía nació entre los griegos. En este sentido, el de Nicol es un trabajo fenomenológico que adopta de manera estricta la categoría de fenómeno³ como fundamento metodológico, que se nos muestra como un pensamiento auténtico, particularmente consecuente y consistente a lo largo de toda su obra.

Así pues, Nicol considera al concepto de expresión como aquél que nos proporciona la clave para toda exégesis fenomenológica que se pueda hacer acerca del ser del ser humano; sobre éste Nicol nos dice: “Lo que se percibe es expresión, y todo lo demás resulta de la interpretación de este único material con que contamos para proceder fenomenológicamente.”⁴

Efectivamente, al tiempo que se da cualquier expresión particular, el dato primero, la evidencia primaria que ha de servirnos como principio definitorio del ser del ser humano es el hecho de que dicho ser es expresivo. Ni la expresión de angustia, ni la de ocuparnos o *curarnos* de las cosas, ni ninguna otra expresión particular nos puede servir como punto de partida para definir el ser del ser humano; el que podamos expresar angustia por nuestra existencia no significa que nuestro ser sea definible como el ser de la angustia, ni que lo sea a partir de ninguno de los infinitos modos particulares en que podemos expresarnos: en un análisis fenomenológico más estricto, lo que se nos muestra como común a todos los humanos es el hecho de la expresividad de nuestro ser. Para Nicol no hay una expresión en particular que sea la que abra el ser del ser humano, sino que toda expresión lo muestra.

³ Entendemos por *fenómeno* “lo que está a la vista, lo que aparece con claridad manifiesta, o sea lo evidente”, y fenomenología como “el conocimiento inmediato del Ser en el ente”, tal como Nicol los define en el capítulo VII de *Crítica de la razón simbólica*. Al respecto se puede consultar el artículo “Fenomenología y dialéctica” en *Ideas de vario linaje*, los capítulos VII y VIII de *Crítica de la razón simbólica* o el apartado 14 de la *Metafísica de la expresión*.

⁴ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 135

Es en este sentido que debemos entender la expresividad como dato primero o evidencia primaria, y es esta misma idea la que nos lleva de manera natural a la siguiente: considerar a la expresión como la esencia del ser humano, que veremos con detalle más adelante. Antes hemos de ampliar un poco más otra idea siempre presente en la obra de nuestro autor: que toda acción es propiamente una expresión.

La expresión es el ser en acto. Las expresiones humanas no son como la crónica, más o menos fidedigna, de lo que acontece o le acontece al ser, sino que son este propio acontecer, como si el relato fuera la acción relatada; pues no se vive primero y luego se expresa lo vivido: vivir consiste en expresar.⁵

Para Nicol no hay distinción entre las expresiones y las acciones del ser humano, como si las primeras fueran el relato de las segundas, lo cual implicaría que las acciones suceden primero y las expresiones después. Lo que Nicol nos dice es que toda acción es expresiva, que actuar es expresar; y que toda expresión es una acción, es el propio acontecer del ser humano.

1.2 Expresividad como principio ontológico y principio de individuación.

[...] ¿qué forma de ser es la de un ente que expresa? [...] No basta con la fidelidad de un análisis llevado con rigor metodológico. Se requiere algo que dé unidad de sentido y coherencia integral a ese conjunto de rasgos aislados. [...] Ese algo más, requerido para una auténtica comprensión, nos lo proporciona el reconocimiento del ser humano como ser de la expresión. Lo que el hombre es y todo lo que hace se *explica* por la expresión: es expresión.⁶

⁵ *Ibidem* p. 191

⁶ *Ibidem*. p. 142

Tal es la importancia que Nicol le atribuye a la categoría de *expresión*. No es sólo aquella con la que debe iniciar toda investigación acerca del ser del ser humano, es más importante aún. La expresión es la esencia, propiamente dicha, del ser humano: el ser humano es *expresión*. Es relevante decir que no es la única categoría con la que Nicol distingue al ser humano del resto de los entes; no es la única característica que le es exclusivamente propia al ser humano y que ningún otro ser comparte, pero sí es la categoría a partir de la cual se deriva toda otra característica distintiva y exclusiva del ser humano, es aquella que nos define como tales.

Así pues, no es de extrañar que encontremos más adelante en este trabajo y en general en la vasta obra de Nicol, momentos en los que se define al ser humano como el ser de la historia, el ser de la verdad, el ser vocado, el ser del sentido o el ser del *ethos*. Pero si lo que hemos citado hasta aquí es cierto, veremos que todas esas diferentes acepciones con las cuales nuestro autor en ocasiones caracteriza al ser humano, han de mostrarse como resultado del análisis desarrollado más extensamente acerca de la categoría de la expresión.

Así las cosas, Nicol nos explica cómo nuestra sola presencia es expresiva, dado que nuestro ser se encuentra siempre manifiesto, *a flor de piel*⁷. No es que se encuentre oculto de alguna manera y que tengamos que buscarlo, sino que somos expresivos todo el tiempo y esto es siempre evidente para todos: nuestro ser humano es ya siempre visible.

“El ser humano es en rigor el único que se presenta; los demás entes sólo están presentes.”⁸ Y es claro: ante la presencia de un ser humano no nos es posible dudar que lo

⁷ Cfr. Eduardo Nicol, *La Idea del Hombre*, F.C.E., México 2003 p. 17

⁸ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 144

sea, lo reconocemos como tal porque su ser está siempre a la vista: se trata de un ser expresivo ante el cual comenzamos a responder de inmediato. Esto a diferencia de los entes inexpressivos cuyo ser, es decir, aquello que son, no es siempre evidente a primera vista, y en ocasiones hace falta una mirada crítica e investigadora para saber qué es lo que son.

Para Eduardo Nicol existe una clara distinción ontológica entre los entes expresivos y los seres inexpressivos. En principio, dicha distinción señala la diferencia ontológica que existe entre los seres humanos y el resto de los entes, y recae en el hecho de que somos los únicos entes capaces de expresar.

"[...] la expresión es un carácter diferencial, y lo es en dos sentidos: distingue al hombre respecto de lo no humano, y crea la singularidad distintiva de cada hombre."⁹ Ante la presencia de una persona, no sólo no cabe ninguna duda acerca de su ser humano, sino que hay una afinidad inquebrantable: lo reconocemos como un prójimo inevitablemente, y por muy distinto que sea su modo de vida al nuestro, siempre hemos de entender sus acciones como acciones humanas, posibles para nosotros mismos. La expresión establece un vínculo real e inmediato de comunidad entre los seres humanos. Tal como Nicol nos dice:

Lo que la presencia expresiva nos asegura desde luego es que ese no-yo es otro-yo: es un participante de mi existencia, un ente que forma parte de mi familia ontológica. La familiaridad, que es inmediata y espontánea, es resultado de la forma de ser común, y por tanto no depende de las actitudes particulares que adoptemos él y yo, el uno frente al otro.¹⁰

Acerca de la forma de ser común de todo ser humano, puede que nos venga a la mente la categoría kantiana de sujeto trascendental. Sin embargo, existe una gran diferencia en el

⁹ *Ibidem.* p. 153

¹⁰ Eduardo Nicol, *La Idea del Hombre*, F.C.E. México 2003 p. 21

modo en que Nicol comprende esta forma de ser común y la teoría kantiana; la forma de ser común de todo ser humano no debe entenderse como una estructura aparte y diferente de los modos reales, fácticos de ser de los seres humanos concretos, sino que ésta se encuentra ahí manifiesta en los actos y modos particulares de ser de las personas en la realidad. La expresividad es la forma común de todos los seres humanos; es aquello que nos define como tales; nos distingue ontológicamente del resto de los entes y no nos remite a ningún concepto especulativo: no se trata de un artificio teórico mediante el que intentemos explicar nuestro ser humano, sino que es una característica evidente, siempre presente y manifiesta en los actos que conforman el modo de ser fáctico de todo ser humano en todo tiempo y en todo lugar.

Por otro lado, nos dice Nicol que la expresión es carácter diferencial en otro sentido, en tanto que nos sirve para distinguir a cada individuo de los demás. Es mediante las expresiones concretas y particulares de un ser humano que reconocemos su individualidad; quién es ese individuo presente nos lo indican sus expresiones, cuyo sentido es siempre producto de la interpretación que se haga de las mismas. “*El sentido es siempre consentido o consenso*”.¹¹

Hemos dicho que el ser humano es el único ser que se presenta; agregaremos que el ser humano es también el único ser libre; y lo es en tanto que expresivo. Es claro que ningún individuo es idéntico a otro. Cada ser humano es diferente del resto, y lo es porque somos expresión. Nuestro ser y existencia consisten en expresar. Vivimos expresando. Y lo que hace cada individuo es lo que lo distingue de los demás, es decir, son sus expresiones. Como ya lo habíamos mencionado, Nicol afirma que toda acción es propiamente una

¹¹ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 335

expresión, y ella muestra el modo de ser de cada individuo; expresa el ser del individuo que actúa; por lo tanto, es la expresividad la que está a la base de las singularidades distintivas de cada individuo.

La expresividad implica una capacidad creadora, *poiética*, y en ese sentido es que se considera también principio de individuación, pues la expresividad implica nuestra libertad esencial. Nicol aborda esta cuestión de manera amplia y extensa en su obra *Psicología de las situaciones vitales* y la retoma en su trabajo culminante titulado *Crítica de la razón simbólica*. Es en esta última que Nicol escribe:

El hombre está en situación de sumiso en la naturaleza, y esta sumisión realza la singularidad de su existencia y su experiencia. Pues la acción de la naturaleza sobre mí corresponde a la categoría de necesidad; mi reacción, o sea el modo de acomodarme a ella, requiere otra categoría. El sistema variable de acciones individuales y cooperativas, que en términos ontológicos constituye el orden de la libertad, corresponde a lo que en psicología hemos llamado carácter.¹²

En toda acción convergen siempre estos tres elementos, de acuerdo con Nicol: el carácter, el destino y la contingencia, en términos psicológicos; y la libertad, la necesidad y el azar en términos ontológicos. Con ello Nicol da cuenta del hecho de que nuestro ser y nuestras acciones están efectivamente precondicionadas por el destino o la necesidad: las necesidades de nuestro cuerpo, nuestra carga genética, el entorno social en el que nacimos, el lugar geográfico en el que nacimos, etc. Todo esto predetermina e influye necesariamente en nuestras acciones. De igual manera interviene siempre en nuestro actuar el elemento del azar o lo contingente; todo aquello que no es necesario ni previsible, influye y predetermina también nuestro actuar. Pero al mismo tiempo está siempre presente en nuestro actuar el carácter o la libertad, que da cuenta de cómo somos efectivamente principio de acción a

¹² Eduardo Nicol, *Crítica de la Razón Simbólica*, F.C.E., México 2001 p. 85

partir de las predeterminaciones que hay sobre nosotros. Y ello, el que cada quien sea principio de acción, es lo que nos hace necesariamente distintos de todos los demás. “Ser distinto por necesidad es lo mismo que ser libre. La expresión es la forma ontológica de la libertad: toda libertad es *libertad de expresión*.”¹³

Además, Nicol entiende al ser humano como el ser que crea su propio ser, su individualidad, y esta idea se fundamenta en nuestra libertad constitutiva; nuestro ser es indefinido porque somos libres de crear nuestro propio ser expresando. Cabe agregar que para Nicol somos necesariamente libres de crear nuestro propio ser, pero más adelante, cuando hablemos sobre el *ethos*, ahondaremos en esta última idea. El que seamos libres de crear nuestro ser es claro si pensamos en el modo de ser de cada individuo; es un hecho que no hay ya preestablecido un solo modo de ser fáctico para todos los seres humanos, sino que cada individuo tiene su propia forma de vida o modo de ser. Cada individuo se distingue de los demás por su modo de ser particular, o sea, por los actos que realiza.

1.3 El hombre como ser simbólico.

Para desarrollar una teoría ética fundamentada en el sistema filosófico de Eduardo Nicol, es necesario hablar del modo en que él entiende la relación que hay entre el ser humano y el Ser¹⁴, así como sobre la relación que hay entre los seres humanos entre sí. Nicol nos dice

¹³ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 153

¹⁴ Escribimos “Ser” con mayúscula únicamente para dar una mayor claridad explicativa. Entendemos que Nicol escribe con minúscula “ser” en la gran mayoría de las ocasiones en que se refiere al ser en general, y lo hace para evitar darle el sentido metafísico tradicional que entiende al ser como una entidad suprema perfecta, completa e inmóvil. Simplemente encontramos que en algunas otras ocasiones también se refiere al ser en general escrito con mayúsculas, y en tanto demos cuenta del sentido en el que Nicol entiende este concepto, preferimos mantener una uniformidad más didáctica en la manera de escribirlo, por lo que lo haremos siempre

que ambas son relaciones *simbólicas*; así, primero aclararemos los sentidos en los que nuestro autor ocupa el término “símbolo”, para después aclarar lo que significa entender al hombre como ser simbólico.

Tenemos, pues, que el hombre es expresión y que la expresión es un carácter diferencial en dos sentidos, uno de los cuales permite distinguir ontológicamente al ser humano del resto de los entes. Dicha distinción es problemática: parece tratarse de una especie de dualismo ontológico y ello nos remite naturalmente a los grandes problemas metafísicos que implican sostener una postura de tipo dualista. Sin embargo, en un análisis con más detalle encontramos que la propuesta de Nicol no se reduce a un dualismo. En su *Crítica de la razón simbólica* Nicol nos aclara que:

Dualidad no equivale a dualismo. Unidad no equivale a monismo. Un *ismo* no se invalida con otro *ismo*, sino con hechos. El objetivo de toda teoría dualista es la resolución unitaria de dos formas de ser esencialmente diferenciadas. Pero la unidad no es solución pensada, sino un dato tan evidente como la dualidad.¹⁵

La unidad a la que se refiere Nicol en esta cita como un dato evidente, es la que conforma todo lo que es, de la cual formamos parte tanto entes expresivos como los entes no expresivos; y la dualidad que se menciona se refiere a la dualidad ontológica que conforman los entes expresivos y los entes no expresivos. Ambas, la unidad y la dualidad, son *datos evidentes* de los cuales hemos de partir en una reflexión filosófica fenomenológica, por lo que ni se trata de una teoría dualista, ni de una postura monista propiamente dichas, sino de una teoría en la que se da cuenta de ambos fenómenos, ambos datos evidentes, es decir, hay una unidad que se desdobra en dos órdenes ontológicos: los entes expresivos y los no

con mayúscula cuando nos refiramos al ser en general.

¹⁵ Eduardo Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, F.C.E., México 2001 p. 267

expresivos. Para entender más a detalle estas ideas, prestemos atención a estas palabras de Nicol

[...] el ser no tiene razón de ser. Sólo podemos interrogar sobre la razón de ser de algo que no posea intrínseca necesidad. El absoluto no demanda ni admite justificaciones; no tiene causa, ni origen ni fin: su razón de ser está en su misma presencia eterna, en la imposibilidad de una alternativa que sería el no ser absoluto. Pero como el ser y la realidad son una misma cosa, cabe decir que la razón del ser está en el ente. Con lo cual sólo se afirma la unidad y comunidad del ser, y no se concentra la razón de ser en la eminencia de un solo ente desprendido de la realidad, o en una forma de ser desprendida del tiempo.¹⁶

El Ser y la realidad son una misma cosa. Con ello Nicol se deslinda de la tradición metafísica en la que se considera al Ser como completo, homogéneo e inmóvil, es decir, ahistórico. El Ser no es algo que esté por encima o detrás de los entes, sino que está aquí patente en todos los entes. Esto es similar a la manera en que Nicol entiende la esencia o forma de ser común de los seres humanos: ésta no se encuentra detrás o por encima de cada uno de nosotros y nuestro respectivo modo de ser particular, sino que la forma de ser común de los seres humanos está presente en cada una de nuestras expresiones particulares; asimismo, el Ser es todo lo que es, es *fenómeno*, no es algo distinto, separado o aparte. El Ser es histórico, o sea cambiante, y al mismo tiempo es eterno y necesario; una unidad conformada por una dualidad de órdenes ontológicos. No hace falta investigar su razón de ser ni su origen pues el Ser es más bien un dato, una evidencia fenomenológica que hemos de tomar como punto de partida para toda investigación.

Veamos entonces cómo entiende Nicol la relación simbólica que hay entre los seres de la expresión y la que hay entre los seres de la expresión y el Ser. En palabras de nuestro autor: “El símbolo es un convenio, y tiene un significado convenido para representar el ser,

¹⁶ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 23

porque de antemano expresa la conveniencia o conformidad ontológica de los seres simbólicos.”¹⁷

Evidentemente, los “seres simbólicos” a los que Nicol se refiere al final de esta cita somos nosotros, los seres humanos. En este caso, Nicol retoma el significado del término griego *symbolon*, y nos explica: “En griego, *symbolon* es un compuesto de la preposición que significa con, y la raíz del verbo *symbollo*, que significa juntar o reunir. El símbolo es una conjunción”.¹⁸

Podemos comprender mejor este sentido en que Nicol emplea dicho concepto recordando el modo en que Platón lo utiliza en su diálogo *El Banquete*. En dicho diálogo Platón, a través del discurso de Aristófanes sobre el amor, nos relata el mito acerca de la naturaleza primitiva del género humano. De acuerdo con el mito, en un principio los seres humanos eran diferentes a como somos ahora: contaban con dos rostros, uno a cada lado de la cabeza; dos pares de brazos; dos pares de piernas y dos órganos sexuales. Había tres géneros de seres humanos: masculino, femenino y andrógino, es decir, aquellos que tenían órganos sexuales masculino y femenino. Estos seres humanos primitivos eran sumamente fuertes y vigorosos, y en esa misma medida eran arrogantes. Tal arrogancia los llevó a compararse con los propios dioses e incluso a conspirar contra ellos; éstos, al ver tal ingratitud, decidieron castigarlos separando en dos mitades a cada uno de los seres humanos primitivos, formando así a los seres humanos tal como somos ahora. Según el mito, se debe a esta separación que ahora nuestro ser sea insuficiente, que nuestra existencia sea necesariamente insatisfecha e incompleta y que vivamos siempre en busca de

¹⁷ *Ibidem*. p. 229

¹⁸ Eduardo Nicol, *Crítica de la Razón Simbólica*, F.C.E., México 2001 p. 224

nuestra otra mitad, de nuestro complemento, de nuestro símbolo para poder reunirnos, conjuntarnos con él y rehacer la unidad primitiva plena que éramos antes del castigo divino.¹⁹

Así entendido, símbolo es conjunción o complemento, por lo que dicho en este sentido, una relación simbólica es aquella en la que quienes se relacionan se *conjuntan* o *complementan* de alguna manera. De acuerdo con Nicol, la relación de cada uno de nosotros con los demás seres humanos es una relación simbólica en este segundo sentido: el ser de cada uno de nosotros se complementa y sólo es comprensible en relación con el de los demás seres humanos. En palabras de nuestro autor:

El hombre es símbolo porque su ser no está completo, ni puede completamente conocerse, en la determinación de su individualidad aislada. La comunicación es posible por la comunidad ontológica, y ésta no es mera co-existencia, como la de las cosas en torno. Ser simbólico significa ser complementario. El otro yo es un constituyente del ser propio: es literalmente una propiedad del yo. [...] Es simbólico porque la comunicación no es un nexo entre dos sujetos ontológicamente suficientes o extraños.²⁰

Referirse al prójimo como “el otro yo” es en sí mismo revelador del modo en que Nicol comprende la relación que existe entre el ser de cada ser humano con el de cada uno de los demás. Son todos parte de nuestro propio ser. Además, como ya hemos mencionado, la expresión establece una clara distinción ontológica entre los entes que expresan y los entes que no; de ahí que Nicol hable de una *comunidad ontológica*, misma que une a todos los seres humanos en tanto que seres expresivos. Es la propia expresividad, común a todos nosotros, la que permite la comunicación, pero lo importante aquí es reconocer al fenómeno de la comunicación como la muestra, la evidencia del simbolismo propio de nuestro ser; decir

¹⁹ Platón, *El Banquete*, Tr. Luis Gil 188 c – 193 c, en Platón, *Obras Completas*, Tr. María Araujo, Francisco García Yagüe, et. al. Aguilar, España 1974

²⁰ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 122-123

que la comunicación no es una mera co-existencia significa que se trata de una interrelación mucho más profunda, de una relación simbólica.

El otro yo lo es en tanto que su ser fáctico es siempre, en todo caso, la concreción de una posibilidad de ser nuestra. Ningún modo de ser humano nos es radicalmente extraño, sino que siempre nos es posible reconocerlo como un modo de ser posible nuestro. “El pensamiento ajeno, como posibilidad existencial, lo incorporamos con la comprensión cuando decimos: esto hubiera podido pensarlo yo, era un pensamiento *posible*. La comunidad la tejen las posibilidades.”²¹

Con esto lo que Nicol nos dice es que ontológicamente no existen puntos de vista literalmente incompatibles, sino que todo lo que dice y hace cualquier persona puede ser entendido por todas las demás.²² Esto a pesar de que a nivel óptico es evidente que sí existen puntos de vista incompatibles. No hay, pues, ninguna manera de ser humana que nos sea, por principio, completamente incomprensible y que no podamos visualizar como un modo de ser posible nuestro. De ahí que Nicol señale que “Cuando el otro realiza efectivamente esa posibilidad que nosotros hubimos de abandonar, enriquece de este modo nuestro ser.”²³ De esta manera, decir que el ser del otro yo, en tanto que actualiza una posibilidad de ser mía, es parte constitutiva de mi propio ser, cobra pleno sentido.

La afinidad entre los sujetos parlantes se expresa diciendo que el hombre es el símbolo del hombre. Pero no bastaría esta predisposición ontológica. Para que el yo y el tú no permanezcan disociados, en una afinidad callada, tienen que disponer de un medio que también sea afín a los dos. A este recurso lo llamamos justamente símbolo.

²¹ *Ibidem.* p. 279-280

²² Cf. *Ibidem.* p. 166

²³ *Ibidem.* p. 280

La comunicación implica, por tanto, una doble correlación simbólica: la ontológica y la lingüística.²⁴

Decimos entonces que el hombre es el símbolo del hombre, en tanto que sus seres se complementan mutuamente al expresar, que es cuando se hace patente su afinidad ontológica. Pero tal como señalamos al principio de este apartado, éste no es el único sentido en el que Nicol ocupa el concepto de “símbolo”.

Además de la correlación simbólica ontológica que ya hemos descrito, Nicol nos hace ver que en el mismo acto de expresar se da también otra correlación simbólica a la que llama lingüística. Recordemos que cuando expresamos hacemos siempre referencia al Ser y lo comunicamos a nuestros prójimos. Esto es claro si pensamos en general en cualquier conversación: hacemos referencia a cómo son las cosas o las personas; a dónde están; al estado que guardan; lo que hicimos o haremos con ellas, etc. En palabras del propio Nicol: “La expresión remite al ser. Lo mismo en la más elemental designación del objeto, que en las más elaboradas representaciones míticas, artísticas y científicas, el acto de expresar implica una realidad común.”²⁵

Decir que *la expresión remite al Ser*, y que *el acto de expresar implica una realidad común*, reafirma que para Nicol no hay diferencia entre los conceptos *Ser* y *realidad*. Y decir que la realidad es común tiene implicaciones importantes; en principio, se opone claramente a cualquier teoría relativista en la que se acepte únicamente la existencia de nuestra singular percepción de lo que creemos que es la realidad. Pero además abre la posibilidad de preguntarnos acerca de la objetividad y universalidad de la verdad, que de otro modo quedan

²⁴ Eduardo Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, F.C.E., México 2001 p. 223

²⁵ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 234

definitivamente canceladas. Sin embargo, la identificación entre realidad y Ser, así como el tema de la verdad a partir de una realidad común, serán tratados más adelante en este trabajo. Por ahora, tratamos de mostrar la manera en la que Nicol entiende la correlación simbólica lingüística que se da al expresar. Esta se da en tanto que al expresar ocupamos símbolos, es decir, signos significativos que representan o hacen referencia a algo que es común a ambos dialogantes. El Ser es siempre ese referente común que permite a los seres humanos comunicarse mediante las palabras empleadas como símbolos en los que el Ser queda siempre representado.

Pero esta re-presentación simbólica implica algo más. La palabra, los símbolos, permiten y evidencian además otra relación de pertenencia, de posesión y de complemento, *simbólica* también, entre los seres expresivos que se comunican y el Ser representado en su discurso, pues

El ser que habla de aquello que no habla, está en relación activa consigo mismo: llena su interioridad con lo ajeno. Con el acto simbólico el hombre no sólo posee lo externo; se posee a sí mismo. La mismidad no es vacía. La relación interna del ser que es símbolo de sí mismo requiere de la alteridad externa del ser simbolizable.²⁶

Llenar nuestra interioridad con lo ajeno es dotar de contenido, de realidad a nuestro pensamiento y a nuestras expresiones. El ser humano requiere del Ser para existir, para expresar, es decir, para ser.

“Por medio de la palabra, el hombre integra a su ser aquello que le es ontológicamente ajeno”²⁷, lo cual muestra la relación simbólica que existe entre el ser de la

²⁶ Eduardo Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, F.C.E., México 2001 p. 230

²⁷ Ricardo Horneffer, *Eduardo Nicol, semblanza*, El Colegio de Jalisco y Generalitat de Catalunya, Zapopan,

expresión y el Ser. Al expresar, el ser humano hace suyo aquello que expresa; el Ser forma parte del ser del ser humano, pero además, el Ser mismo no queda inalterado. En tanto que expresar implica libertad creadora, implica ese carácter *poiético* de la expresión, el ser humano al expresar crea más Ser, pues mientras más sea dicho por el ser humano, existen nuevas cosas y nuevos sentidos respecto a las cosas ya existentes.

Queda claro, entonces, que la comunicación es un fenómeno de suma importancia dentro del sistema de Nicol, pues es la evidencia de todas las correlaciones simbólicas propias del ser de la expresión. Se plantean hasta aquí de manera breve, pues más adelante se hablará sobre todas ellas.

Capítulo 2 Ética en Nicol.

2.1 Eticidad.

Tal como lo expresamos en la introducción de este trabajo, prosigue un análisis en el que se ha de desarrollar de manera general la postura de Nicol respecto a la ética. Como bien señala Juliana González en su conferencia magistral publicada en el libro *El Ser y la Expresión. Homenaje a Eduardo Nicol* “[...] una metafísica que identifica el Ser con la realidad, con esta realidad, proporciona un nuevo fundamento a la ética.”²⁸ Y en esta investigación hemos de mostrar que así es.

Jalisco, México 2000 p. 119

²⁸ Juliana González, “Ética y Metafísica en la filosofía de Eduardo Nicol” en *El Ser y la Expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1990 p. 177

De manera muy clara, Nicol insiste a lo largo de toda su obra en que, respecto al quehacer ético propio de la filosofía, lo importante es comprender el carácter ético, o lo que es lo mismo, la eticidad constitutiva del ser de la expresión, antes de ocuparnos en definir o analizar alguna moral positiva²⁹. Sin duda el lugar que ocupa lo relacionado con la ética tiene una gran importancia en el pensamiento de Eduardo Nicol. En él se percibe siempre una seria y profunda preocupación por la situación del mundo en el que le tocó vivir. Consciente de que la crisis de la razón por la que atravesaba la filosofía tenía una directa relación con la tendencia global del pragmatismo sobre el conocimiento y el creciente menosprecio por las ciencias del espíritu, el de Nicol representa un muy fértil esfuerzo por revolucionar y replantear las cuestiones filosóficas con una motivación completamente fiel al *ethos* de la filosofía, tal como él mismo lo define y sobre el cual hablaremos más adelante. Propone pensar las cosas de una nueva manera que permita dejar algunos problemas teóricos tradicionales atrás, así como las ideas que niegan hechos evidentes, y reflexionar con nuestra realidad en mente de manera innovadora, razonable y fructífera. Y tal propuesta es producto de un pensamiento que cumple con todas esas características. Es producto de lo que Nicol mismo llama una reflexión auténtica, lo cual habremos de aclarar más adelante en este trabajo.

Así las cosas, teniendo en mente lo dicho acerca del ser del ser humano, Nicol llama nuestra atención sobre el carácter ético del mismo. Sostiene que el cuestionarnos acerca de la moralidad de nuestras acciones, así como el juzgarlas moralmente es inherente a nuestra existencia. No podemos evitar cuestionarnos e intentar responder por nuestras acciones en este sentido. La relevancia de esto que hemos dicho radica en que, para Nicol, toda moral

²⁹ Entendemos una moral positiva como un conjunto de normas establecido por algún grupo humano que sirve para distinguir entre los actos morales y los actos inmorales.

positiva es histórica. No tiene tanta importancia, entonces, preguntarnos cuáles sean las normas morales que creamos juzgan de mejor manera la moralidad de las acciones, sino que lo importante es reconocer que la eticidad inherente a nuestra existencia, que es imposible evitar, que constituye una característica propia de todo ser de la expresión; y es, por lo tanto, la condición de posibilidad de toda moral positiva en la historia de la humanidad. Nicol sostiene que “El ser creador de sentido tiene que comportarse éticamente, y por lo mismo no puede instituir una moral universal, uniforme e inmutable.”³⁰

Entendiendo que el ser creador de sentido al que la cita hace referencia es el propio ser humano, Nicol confirma lo que veníamos diciendo: no podemos evitar comportarnos éticamente. También en la *Metafísica de la expresión* Nicol nos dice respecto a la eticidad que “...la eticidad es universal e inalterable. Cada individuo está inscrito en el régimen del preguntar y el responder, en la constante inminencia del preguntarse a sí mismo y dar razón de sí mismo.”³¹

Pero, ¿en qué radica dicha universalidad e inalterabilidad? Dicho de manera puntual, la universalidad e inalterabilidad de la eticidad propia de todo ser humano radica en la responsabilidad implícita en toda expresión. Decíamos más arriba que toda expresión implica libertad. Todo ser de la expresión ha de hacerse su propia forma de vida, ha de darse a sí mismo su individualidad, aunque al hacerlo lo haga a partir de las predeterminaciones que ya se han mencionado. Para Nicol, en toda acción están siempre presentes estos tres factores: el azar, el destino y la libertad, mismos que conforman siempre la situación vital de todo ser humano en la que se da su actuar. En palabras de Juliana González:

³⁰ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 163

³¹ *Ibidem.* p. 257

[...] desde su primera obra, *Psicología de las situaciones vitales*, Nicol establecía la estructura dialéctica del hombre constituida por interrelación permanente de tres factores: el azar, el destino, y el carácter. Conceptos que después, en la *Metafísica de la expresión* y las obras posteriores, van a corresponder a las categorías ontológicas de contingencia, necesidad y libertad. Cada uno de estos factores es irreductible: el azar expresa el encuentro imprevisible de los hechos, y es determinante también una vez que se produce. El destino o la Necesidad comprende las predeterminaciones de toda índole (biológicas, geográficas, históricas, económicas, psicológicas, etc.) que operan en la existencia. Y el carácter o libertad, nota específica y exclusiva del hombre (definitoria de su especificidad), no es sino la respuesta *activa* que el ser humano da a las determinaciones del destino y del azar.³²

Lo cual es claro si pensamos en nuestra propia forma de vida. Efectivamente, cada uno de nosotros actúa de manera libre; elegimos, por ejemplo, lo que decimos en una conversación, pero ninguno de nosotros inventa su propio idioma sino que nos expresamos usando el idioma que nos han enseñado, el cual es parte de nuestro destino; también respondemos de manera libre frente a algún hecho imprevisible que ocurra durante nuestra conversación y que la afecte. El punto es que somos necesariamente libres, aunque dicha libertad no sea absoluta. Y no es absoluta tanto por las determinaciones que implican el destino y el azar constitutivos de nuestro ser, como por la relación fáctica que tenemos con los otros seres de la expresión. Volviendo al ejemplo de una conversación, no tiene sentido hablar con libertad sobre algo que no tenga relación con lo que viene diciendo nuestro interlocutor. Si estamos conversando, lo que elegimos decir depende y se ve determinado hasta cierto punto de lo que el otro diga. De alguna manera su propia libertad va determinando lo que nosotros elegimos decir libremente y esa influencia es mutua. Además de que expresar implica la correlación con un interlocutor, vivimos fácticamente relacionados unos con otros, nuestra libertad también debe tener en consideración lo que hacen los otros seres libres.

³² Juliana González, op. cit. p. 179

Tenemos, pues, que en toda acción se manifiesta la libertad del ser de la expresión. Agreguemos que toda acción libre implica responsabilidad, es decir, que toda acción en tanto que libre es susceptible de ser juzgada moralmente. Siempre, de manera universal e inalterable, toda expresión es susceptible de ser juzgada moralmente, en tanto que toda expresión es libre y toda acción libre implica la responsabilidad.

La responsabilidad es expresa, porque cada cual queda empeñado en su expresión. [...] Esta responsabilidad es existencial: no depende de que se acepte o no la específica obligación de una moral positiva, sino que es inherente al carácter dialógico de cualquier toma de posición frente al ser. Precisamente por esto, tiene la forma de ser del hombre, como ser vocacional que elige su modo de existencia, un carácter definible *ontológicamente* como ético.³³

Esto cobra pleno sentido si recordamos el carácter simbólico que tiene nuestra relación con todos y con todo. Es en este sentido que Nicol sostiene que ninguna expresión es indiferente, pues toda expresión implica un destinatario, un interlocutor, toda expresión es diálogo.³⁴ Decíamos que el ser del ser humano no es concebible ni comprensible de manera aislada; nuestra existencia es siempre fácticamente en comunidad. Evidentemente no estamos todo el tiempo en compañía o presencia física de alguien, pero lo que Nicol señala es importante: no existe el aislamiento radical; el mero uso del lenguaje denota ya implícitamente una relación con el otro; los otros seres humanos están ahí conmigo en tanto uso el lenguaje que me enseñaron, el cual decimos que implica un vínculo ontológico de complementariedad entre el ser de todos los seres de la expresión, que se hace patente en el fenómeno de la comunicación. De ahí la responsabilidad implícita en toda expresión. “Más que un testimonio de la presencia de algo ante mí, la expresión es un nexo efectivo de cada

³³ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 251

³⁴ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 24

uno con todos y con todo: en ella se manifiesta la interdependencia y solidaridad de todo lo existente.”³⁵

Tal como decíamos en la introducción de este trabajo, es notable como efectivamente la categoría de expresión es la que en última instancia permite explicar y dar coherencia a toda exégesis del ser humano. La eticidad universal y el carácter ontológicamente ético de todo ser humano se explican por la libertad, y la consecuente responsabilidad, implícitas en toda expresión. Con relación a estas ideas, Lizbeth Sagols señala que

Uno de los temas que se discute con mayor frecuencia en nuestros días es el del diálogo para la vida ética. Pero mientras la mayoría de los autores ven en la comunión tan sólo una vía para llegar al acuerdo [Habermas, Conciencia moral y acción comunicativa] (o a la constante discusión) [Camps, Victoria, La imaginación ética] sobre determinadas normas y valores éticos, el autor de la *Metafísica de la expresión*, no instrumentaliza el diálogo sino que lo entiende como la forma más básica de responsabilidad ética. Según Nicol la comunicación no es la vía para establecer o discutir compromisos; ella es en sí misma (hablemos de lo que hablemos) una acción comprometida. Hablar es responsabilizarse con uno mismo y con el otro.³⁶

Es evidente que la ética es un punto central en el pensamiento de Nicol, y hemos de retomar y ahondar en estos conceptos más adelante. Por ahora conviene analizar el concepto de *verdad* que en Nicol tiene gran importancia para el tema de la ética.

³⁵ Eduardo Nicol, *La Idea del Hombre*, F.C.E., México 2003 p. 17

³⁶ Lizbeth Sagols, “Ethos y Logos” en *El Ser y la Expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1990 p. 135-136

2.2 Verdad.

De acuerdo con Nicol, el principal problema que ha habido con el concepto de verdad a lo largo de la historia de la filosofía es su desvinculación de la vida, su concepción estrictamente teórica, cuya definición tradicional, aquella que entiende a la verdad como adecuación de un juicio con la realidad, no contempla el hecho de que nuestro ser es esencialmente histórico y expresivo. Para nuestro autor es necesario entender la verdad de un modo mucho más orgánico o vital. En sus propias palabras:

Desde siempre había sido un problema, teórico y práctico a la vez, la adecuación entre la verdad y la vida. La verdad era adecuación del pensamiento y la realidad. Y, luego, la vida tenía que ser adecuación de la conducta con la verdad. [...] Pero el problema existía por la previa desvinculación de lo teórico y lo práctico, de lo intelectual y lo vital; por la intemporalización de la verdad, que la desvinculaba del hombre y de su vida. Para mí, lo problemático es justamente esta desvinculación; si no divorciamos a la verdad de la vida, si no enajenamos al hombre de su verdad, no habrá para nosotros problema en adecuar la vida a la verdad, porque la verdad es la vida.³⁷

Desde antaño, la pretensión de verdad llevó a los seres humanos a buscar explicaciones acerca de lo que son las cosas de manera sistemática, que permitiera compartir las razones y los fundamentos que hacen a una explicación verdadera, y que por lo mismo dicha explicación fuera comprobable por todos. Ello revela la necesidad de encontrar en la realidad algo firme sobre lo cual se pueda basar todo nuestro conocimiento y comportamiento acerca del mundo y de nosotros mismos. Ese algo firme en la realidad implica un conocimiento sobre algo que no cambie, que sea inmóvil y eterno, es decir no histórico, para entonces poder tener certeza de que ese algo es necesario, no contingente.

³⁷ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 136

El hombre sólo entiende lo que no se mueve. Por esto anda en busca de la univocidad, que es la primera forma, el anticipo, de la verdad. La verdad alivia la zozobra que le produce el cambio. Pero la verdad es palabra y la palabra cambia, y así vuelve la zozobra.³⁸

Para Nicol, lo primero que debemos hacer al tratar este asunto de la verdad es reconocer que, en tanto que nuestro ser es histórico, el mundo es también histórico. Nuestra necesaria historicidad es resultado de nuestra expresividad. Como lo mencionamos en el primer capítulo, la expresividad implica una capacidad creadora, *poiética*, que a su vez implica la libertad del ser humano.

Lo gobernado por el régimen de vida no es solamente la actualidad, sino la evolución. La historia es un dominio real que se caracteriza por un incremento progresivo: a medida que pasa el tiempo, hay más realidad histórica. La razón de este aumento es que, a diferencia de otras formas biológicas, la vida histórica es *póiesis*: la acción es creadora.³⁹

Toda acción, es decir, toda expresión en tanto que es libre, es original, creadora, aporta algún nuevo sentido a la realidad. Que haya más realidad histórica significa que con el paso del tiempo hay más cosas dichas acerca de la realidad. Si pensamos en la ciencia que es, por cierto, de entre todas las expresiones el ejemplo más claro de lo que comúnmente reconocemos como verdadero, es evidente que lo que ella expresa sobre la realidad no sólo ha ido cambiando, sino que ha ido en aumento a lo largo de la historia. Con el paso del tiempo, conforme el ser humano dispone de mejores y más precisos instrumentos para percibirla y estudiarla, la ciencia nos dice más acerca de la realidad, lo cual confirma lo dicho por Nicol más arriba: la verdad es palabra y la palabra cambia.

³⁸ *Ibidem.* p. 70

³⁹ Eduardo Nicol, *La Idea del Hombre*, F.C.E., México 2003 p. 31

Que el ser humano se encuentra en constante proceso de creación es evidente; la vida del ser humano nunca ha dejado de cambiar a lo largo de la historia, y todos los cambios en las distintas formas de vida implican creaciones, sea de explicaciones acerca de lo que son las cosas, sea de instrumentos, de herramientas; de nuevas actividades para esos nuevos instrumentos; de nuevos conocimientos; nuevas formas de producción; nuevos objetos con esas nuevas formas de producción; de nuevos sonidos, colores, olores, materiales; de nuevas expresiones artísticas; de nuevas actividades recreativas; en fin, de nuevas formas de vida. Hay siempre un constante incremento de la realidad. Pero es importante aclarar que al hablar de incremento de la realidad, Nicol no lo está entendiendo como un proceso teleológico, es decir, para Nicol el incremento de la realidad no implica un mejoramiento o perfeccionamiento necesario, ni considera que haya alguna finalidad ontológicamente preestablecida en el cambio observable en el mundo. Por incremento de la realidad lo que se quiere dar a entender es simplemente que la realidad es histórica, que va cambiando históricamente: que hay cada vez efectivamente más cosas, más realidad, y si como hemos dicho, realidad y Ser se identifican, se puede decir que hay un incremento del Ser, que hay cada vez más Ser.

Teniendo todo esto en cuenta se trata entonces, como nos decía Nicol al principio del capítulo, de plantear la cuestión acerca del concepto de verdad de manera diferente. Debemos tener siempre en cuenta los hechos, pues de nada sirve una teoría perfectamente estructurada si la realidad se muestra claramente discordante con ella. Que la reflexión filosófica esté bien fundamentada implica su apego a los hechos, y en este caso se trata de dos evidencias de las cuales se tiene que dar cuenta al tratar de definir lo que es la verdad: el hecho de que la realidad es histórica, y el hecho de que existe la verdad, es decir, que hay

cosas dichas que podemos reconocer y admitir como verdaderas. Nicol lo dice de la siguiente manera:

La verdad es, *de hecho*, histórica y relativa. [...] Pienso que la verdad es *esencialmente* histórica, porque incluye un factor o elemento de creación espiritual. Pero este factor no elimina la *presentación* o *representación* de lo real, en que la verdad consiste también esencialmente. Por ello se distingue de las otras creaciones históricas del espíritu, como por ejemplo el arte.⁴⁰

En respuesta a las teorías filosóficas en las que predomina y se hace énfasis en el tema de la temporalidad y la consecuente subjetividad o relatividad de todo lo dicho por el hombre, incluida la verdad, Nicol reflexiona y replantea el uso del concepto de *verdad*. Reconocer que la historicidad propia de la verdad no cancela su propio carácter esencialmente apofántico, es el primer paso necesario.

De manera consecuente con lo dicho acerca de la relación simbólica que mantenemos con el Ser, tenemos que el vínculo entre quienes expresan, que se hace patente en el fenómeno de la comunicación, no sería posible si el logos no vinculara de hecho también a quienes dialogan con la realidad. Efectivamente, lo real queda representado por medio de los símbolos en el diálogo entre los seres de la expresión, y es esa relación efectiva entre la palabra y la realidad la que permite la comunicación; que se comprendan quienes dialogan.

La verdad no es una pura relación del sujeto con el objeto, ya se conciba como adecuación, a la manera tradicional, o como revelación. La representación simbólica es la única forma lógica posible de adecuación entre dos términos heterogéneos que son el *intellectus* y la *res*. Y el diálogo es la forma esencial de la *apóphansis* o revelación del ser por la palabra.⁴¹

⁴⁰ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 334

⁴¹ *Ibidem*. p. 379

Para Nicol, el logos, la expresión, que es siempre una representación simbólica, es la única forma en la que se pueden adecuar, en la que pueden concordar el intelecto, es decir el ser humano, y la *res* o las cosas. Pero lo que Nicol nos está diciendo de manera más señalada e importante, es que la expresión verdadera, o sea la verdad, es consecuencia fundamentalmente del diálogo: no tiene sentido hablar de una expresión verdadera considerada en sí misma de manera abstracta, como relación entre un sujeto y el objeto al que esté referida; sino que la relación relevante, hablando de lo que es la verdad, es aquella que se manifiesta entre los seres de la expresión que concuerdan o difieren en referencia a un mismo objeto real.

Sin embargo, no debemos perder de vista el carácter apofántico de toda expresión; efectivamente, las expresiones vinculan a los seres de la expresión en tanto que también vinculan lo que ellos dicen con la realidad. Las expresiones son verdaderas en tanto que son adecuadas a la realidad que representan, pero no las debemos considerar como adecuadas en el sentido tradicional, en el que sólo hay que revisar el método y las demostraciones objetivas que ofrecen para respaldar la relación entre lo dicho por un sujeto y el objeto real al que se refiere, sino que debemos considerar adecuadas las expresiones en virtud de que hay efectivamente comunicación entre dos sujetos. El que dialoguen dos sujetos implica que están haciendo referencia a un objeto real que es común a ambos, implica que hay una adecuación entre lo dicho y la realidad. De tal manera Nicol nos dice

En ninguna de sus modalidades posibles, puede perder el logos su intencionalidad expresiva y comunicativa, que es inherente a toda efectiva significación. El hombre, como ser de la expresión, es por ello mismo el ser de la verdad. Es legítimo afirmar, por consiguiente, que en la verdad estamos siempre: *la verdad es forma de la existencia humana*. El simple diálogo más elemental implica ya la verdad: la intercomunicación sólo es posible sobre la base de una realidad que se haga patente, como realidad común, mediante la palabra.⁴²

⁴² *Ibidem.* p. 183

Son varias las ideas importantes que debemos retomar de esta cita: lo primero que hay que destacar es el hecho de que Nicol se refiere al ser humano como el ser de la verdad. Ello es relevante, pues permite dimensionar de manera más clara la importancia que para Nicol tiene el concepto de verdad en referencia al ser del ser humano. La verdad es constitutiva de nuestra existencia; hablar y comunicarnos con el otro-yo supone hablar con la verdad: somos verdad en tanto que somos expresión.

La segunda idea que debemos retomar de la cita anterior es aquella que nos dice que en la verdad estamos siempre; que toda expresión es verdadera. En primera instancia pueden parecer aseveraciones descuidadas e imprecisas. Sobre todo si antes dijimos que se pretende rescatar el carácter apofántico de la verdad, pues consideradas de manera aislada y fuera de contexto, ambas ideas parecen remitir más bien a una postura similar a la que Platón atribuye a Protágoras, quien pensaba que todas las cosas son tal como cada quien las percibe,⁴³ es decir, que todo es verdad, o bien nada lo es en tanto que no hay lo falso de lo cual se distinga lo verdadero. Pero partiendo de todo lo dicho hasta ahora, las aseveraciones de esta última cita se siguen de manera natural y consecuente: toda expresión habla del Ser; toda expresión tiene un vínculo real con el Ser que consiste en que éste queda representado simbólicamente en toda expresión; tal vínculo es patente en tanto que existe la comunicación entre los seres de la expresión, lo cual sólo es posible en tanto que la realidad a la que hacen referencia al expresar es una y común a todo ser de la expresión; de tal manera que toda expresión es verdadera pues siempre el Ser mentado está efectivamente representado en toda expresión.

⁴³ PLATÓN, “*Teteeto*” 151e *Diálogos V*, Gredos, Madrid 1998

No cabe duda de que existe una diferencia entre las expresiones empleadas en cualquier simple conversación y las empleadas para expresar el resultado de alguna investigación científica, que son el ejemplo más claro de lo que comúnmente reconocemos como expresiones verdaderas. Si hemos dicho que toda expresión es verdadera, viene al caso la manera en que Nicol da cuenta de esta diferencia:

La fórmula, tantas veces empleada, de “la búsqueda de la verdad” expresa este descuido del fundamento. La verdad sólo se busca desde la verdad. Lo cual significa que hay varias clases de verdad, o varios niveles en lo verdadero. Si no atendemos más que a la verdad que es terminal de una búsqueda, se nos pierde en el hallazgo la verdad primaria, que es condición de posibilidad de la propia búsqueda. La verdad es un constitutivo del ser que existe en la forma de la comunidad dialógica. Esto es lo mismo que afirmar que la verdad es expresión.⁴⁴

Más arriba vimos ya cómo Nicol se refiere al ser humano como el ser de la verdad, y aquí vemos confirmada literalmente la idea de que la verdad es un elemento constitutivo de nuestro ser; pues es a nuestro ser al que Nicol se refiere en la cita como el ser que existe en forma de comunidad dialógica. Ahora bien, lo importante es esta distinción que Nicol menciona: *hay varias clases de verdad*; una de ellas es la que Nicol llama verdad primaria, en tanto que es condición de posibilidad para poder llegar a la otra verdad; esa otra verdad es la que Nicol describe como terminal de una investigación o producto de una búsqueda.

¿Y qué pasa con la falsedad? Es importante insistir que en el sentido primario al que Nicol se refiere no existe expresión falsa, todas las expresiones, independientemente de la intencionalidad con la que sean expresadas, muestran el Ser de alguna manera y muestran sobre todo el ser de quien se está expresando. Sin embargo, en el otro sentido de verdad es evidente que podemos reconocer algunas expresiones que no son verdaderas. Esto se debe

⁴⁴ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 162

precisamente a que se trata de otro sentido de verdad, en el cual una expresión es verdadera en virtud de otras características que debe cumplir, a saber, ser una expresión que ha resultado como producto de una investigación formal. Por otro lado, debemos destacar una distinción importante. En el sentido primario de verdad, Nicol nos dice que toda expresión es verdadera en tanto que toda palabra tiene un carácter apofántico que muestra y representa el Ser. En este sentido aún las expresiones que son erróneas son verdaderas, pues el que las expresiones sean verdaderas en este sentido primario depende únicamente del carácter apofántico de la palabra, y no de la precisión fáctica con la que describen la realidad. Aquí cabe preguntar por la finalidad de llamarle *verdad* a toda expresión y afirmar que no es la misma clase de verdad que aquella que es producto de una búsqueda. Y tal como ya habíamos adelantado en este trabajo, podemos considerar que el motivo por el cual Nicol hace este replanteamiento de la categoría de verdad es de carácter valorativo. A lo largo de toda la obra de Nicol, la relación que hay entre la verdad y la eticidad es evidente. Tal como lo dice él mismo “La eticidad no es una que se sobreañade a la verdad. [...] El carácter ético es inherente al *acto* de la verdad. La verdad es la forma primitiva de la responsabilidad. Hablar es responder.”⁴⁵

El trasfondo de todo este asunto es fundamentar la idea de que ninguna expresión, es decir, ninguna acción humana es indiferente: toda expresión es susceptible de ser juzgada. De manera más concreta, una de las preocupaciones de Nicol era el dar cuenta de que tanto lo dicho con pretensión de verdad en ciencia o filosofía, como lo dicho en cualquier simple conversación, es susceptible de ser juzgado. Que en realidad literalmente toda acción, es decir, toda expresión es valorada. De ahí la necesidad de definir como verdadera a toda

⁴⁵ *Ibidem.* p. 163

expresión. No es un mero artificio teórico, es la manera de mostrar la importancia que en realidad tiene toda expresión, idea que retomaremos más adelante.

Si Nicol insiste en llamar nuestra atención sobre la esencial comunidad ontológica que existe entre los seres humanos, es precisamente por la importancia que tiene la interrelación entre los seres de la expresión. Nicol se ocupa de explicar cómo, previo al significado de adecuación con la realidad, el término *verdad* se refería a la intención sincera de expresar el Ser tal como se le presenta por parte de quien hablaba. Que una expresión fuera juzgada como verdadera quería decir que quien la expresó efectivamente trató de describir las cosas tal y como son, independientemente de que lo lograra o no, es decir, una expresión no dejaba de ser verdadera aunque hubiera algún error de concordancia con la realidad. Hablar con verdad era hablar con sinceridad, con la intención de exponer al otro o representar las cosas tal como se cree que son en realidad. En palabras de Nicol:

Antes de la filosofía, la relación verbal tenía un sentido ético: la intención recaía sobre aquél a quien las cosas se indicaban, más que sobre las cosas mismas. No existía la noción de un valor autónomo e impersonal del conocimiento. [...] Verdad era sinceridad. Era pues, una expresión personal, una forma de comportamiento, más que una correspondencia de lo expresado con la realidad.⁴⁶

De ahí, de ese sentido prefilosófico del término, es de donde surge esa nueva manera de entender el concepto de verdad que decíamos que Nicol propone. En ella, el que una expresión sea verdadera no radica en que esté representado el Ser de manera perfectamente adecuada, sino en que dicha expresión no contravenga deliberadamente la relación simbólica, de complementariedad, que hay entre los seres de la expresión y que se hace patente mediante la comunicación. El error, entonces, también es verdadero, pero el engaño no. La representación equivocada expresada con la intención de mostrar al Ser tal

⁴⁶ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 158

como es, es verdadera; no así la expresión que deliberadamente representa de manera equívoca el Ser. Nótese que en todo caso, aunque haya la intención deliberada de engañar, ello no implica que el Ser deje de estar representado en dicha expresión. Se muestra el ser de quien expresa engañando, se muestra la existencia de un ente expresivo que tiene la capacidad de expresar engañando, cuya existencia es parte integral del Ser, de acuerdo con lo que hemos dicho sobre las relaciones simbólicas. Tal como nos dice Nicol

El error no impide la comunión; el engaño sí. La verdad no es una posibilidad existencial, que pueda o no actualizarse: es imposible no hablar del ser. La posibilidad es la del engaño, el cual requiere la deliberada intención de suspender el régimen de la verdad: de entorpecer el desenvolvimiento “natural” de la existencia.⁴⁷

En realidad, lo que está en tela de juicio es nuestro ser propio: en nuestra palabra va empeñado lo que somos, pues las expresiones personales son el ser de cada individuo; lo que hace, lo que expresa cada quien determina quién es. Luego entonces, hay una responsabilidad implícita en toda expresión, pues hablar con sinceridad o con la intención de engañar implica elegir de qué manera hemos de relacionarnos con nuestro prójimo: desde la verdad o desde el engaño. Quien expresa con intención de engañar se muestra a sí mismo como eso, como alguien que engaña. Y reiteramos que toda expresión implica siempre la necesaria e inevitable interpretación de los otros-yo a quienes va dirigida la expresión. Tal como nos acaba de decir Nicol, la verdad no es una característica que puedan o no tener nuestras expresiones; toda expresión es verdadera en sentido primario en tanto que muestra el Ser, es decir, no podemos elegir no mostrar el Ser, sino que al expresar lo mostramos siempre, queramos o no. Lo que sí podemos elegir es engañar, es decir, entorpecer la presuposición de verdad con la que vivimos de manera *natural*. Y en tanto que es una elección somos responsables y susceptibles de ser juzgados por ello. Podemos entrever ya

⁴⁷ *Ibidem.* p. 161

la relación que hay entre verdad y la valoración de nuestras acciones. El concepto de *verdad* en su sentido anterior a la filosofía, muestra claramente el carácter ético que Nicol sostiene que hay en toda expresión. Así es como podemos entender mejor la importancia que tiene lo dicho acerca de la verdad y la relación que guarda con la reflexión ética. Pero no es sólo el análisis del concepto de verdad el que nos puede llevar hacia esta preocupación de Nicol acerca de la moralidad de nuestras acciones, sino que con el análisis del concepto de *autenticidad* hemos de ahondar en el tema de la verdad como sinceridad.

2.3 Vocación.

La autenticidad en el pensamiento de Eduardo Nicol se refiere al modo de ser de las personas. Si bien es claro que no es en los mismos términos que Heidegger, Nicol también distingue entre los modos de vida auténticos y los modos de vida inauténticos. Sin embargo, para poder comprender a fondo el modo en el que Nicol entiende dicha distinción, es necesario tratar primero el concepto de *vocación*.

“Son muchos los caminos del cuidado [la cura], y se llaman vocaciones. Pero la vocación de la vida no es el camino de una profesión, sino aquello que nos movió a elegirla; y, más aún, lo que nos sigue moviendo a ejercerla de un cierto modo.”⁴⁸ Nicol nos propone entender el concepto de *vocación* como *llamado* o un *ímpetu* que podemos reconocer como el impulso que nos mueve a elegir nuestra forma de vida particular. Podemos afirmar que la vocación, como la entiende Nicol, no se refiere a la profesión que un individuo puede elegir, sino más bien aquello a lo que dedica su vida en general, y más específicamente, vocación

⁴⁸ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 20

es lo que lo motiva a seguir haciendo lo que hace. “Una forma de vida, más que una profesión, es lo que da carácter a nuestro ser, aquello en que cada quien “emplea su cuidado” mayormente.”⁴⁹

Todos hacemos una buena cantidad de actividades diferentes, pero hay algo que hacemos en general, y eso puede o no ser nuestra profesión: aquello en lo que empleamos nuestro cuidado mayormente, en clara alusión al existenciarista heideggeriano de *la cura*. Cada forma de vida de la que llegamos a tener conocimiento se nos presenta como una posibilidad que encontramos llamativa en mayor o menor medida que otra. La vocación es un *llamado* que nos impulsa a ocuparnos en aquello que nos llama. En este sentido Nicol aclara que “La realidad no se presenta como una variedad de objetos apetecibles, sino como un mundo transitado, como un complejo de rutas ajenas ya actualizadas. Cada forma de vida es una voz llamativa.”⁵⁰ De tal modo que elegir una forma de vida en particular es propiamente atender el llamado interno que nos mueve a llevar a cabo esa posibilidad que vemos en la realidad. Decíamos en el primer capítulo de esta investigación que toda forma de vida humana es en última instancia una posibilidad de ser mía, de ahí la idea de que cada forma de vida se nos presenta como una voz llamativa, porque toda forma de vida se encuentra en potencia en cada uno de nosotros.

Ahora bien, Nicol nos dice que “*El hombre tiene forma de ser, pero se hace él mismo su forma de vida.*”⁵¹ Con ello nos quiere decir que el ser humano, en tanto que ser humano, comparte con todos la expresividad, que es en lo que consiste nuestra esencia, pero las acciones concretas que cada quien lleva a cabo en las situaciones vitales en las que se encuentra son decisión de cada individuo. Tenemos todos una misma forma de ser, que es la

⁴⁹ *Ibidem.* p. 20

⁵⁰ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 200

⁵¹ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 48

forma de ser de los entes expresivos, y toda característica que se deriva de nuestra esencial expresividad es propia de todos y cada uno de nosotros: nuestra libertad, nuestra historicidad, nuestra responsabilidad implícita en toda expresión, etc. Es a esto a lo que Nicol se refiere al decir que *tenemos* forma de ser. Pero nada de eso determina de manera puntual y definitiva lo que cada ser humano en particular hace con su vida. Al decir que los seres humanos *hacemos* nuestra forma de vida nosotros mismos, Nicol se refiere a que a pesar de que siempre están presentes las predeterminaciones del destino y del azar, de que compartimos una forma de ser con el resto de los seres de la expresión, cada individuo tienen en última instancia la capacidad de elegir libremente su propia forma de vida. No lo hacemos en libertad absoluta, pero sí ejercemos nuestra libertad frente a las situaciones vitales en las que nos encontramos. La diferencia que se quiere señalar entre forma de ser y forma de vida es que *tenemos* la primera y *nos hacemos nosotros mismos* la segunda.

Decimos que cada persona es la que hace su propia forma de vida y lo que ello implica es que, como individuos, tenemos necesariamente que elegir lo que hacemos en la vida. Es importante aclarar que dicha elección no se trata simplemente de una capacidad que tenemos, de la cual podríamos optar hacer uso o no. No hay una manera preestablecida de vivir como seres humanos, tal como podríamos encontrar en la conducta animal por ejemplo, en cuyo caso parece que sí podemos reconocer acciones que son comunes a todos los seres que pertenecen a una misma especie. En nuestro caso no es así, sino que cada individuo debe elegir, es decir, ejercer la libertad inherente a su expresividad esencial y decidir qué hacer con su vida. Es a esta necesidad, la necesidad de elegir qué hacer, a lo que Nicol llama el carácter vocacional de la vida: independientemente de qué sea lo que elijamos hacer, es ineludible el hecho de que debemos elegir qué hacer. "La vocación expresa, en suma, la forma de ser de un ente forzado a decidir sobre su propia existencia:

cuya existencia misma es resultado de esa continuidad de las decisiones en que está empeñado."⁵²

Nuestra forma de ser implica que tenemos necesariamente que elegir nuestra forma de vida. Qué forma de vida en particular se elige depende de cada individuo, pero el hecho de que se tiene que elegir una necesariamente es común y propio de todo ser humano. En este sentido, el carácter vocacional que tiene nuestra forma de ser es anterior y condición de posibilidad de la vocación particular que cada individuo elija. En palabras de Nicol:

Aunque la vocación se determina objetivamente por una preferencia consumada, el carácter vocacional del ser es anterior a toda llamada y a toda decisión. [...] El ser no me es dado con la limitación final de lo que está completo, sino con la limitación inicial de lo que está dispuesto para ser, y que no es todavía lo que habrá de ser.⁵³

El carácter vocacional que tiene el ser del ser humano se sigue de nuestra condición de seres simbólicos. Al hablar del mito platónico del ser humano primitivo, mencionamos que el nuestro es un ser que se define por su incompletud. En general, es claro que prácticamente toda acción humana responde de alguna manera a un intento por revertir o menguar la carencia propia de nuestro ser. Y en este caso, Nicol sostiene que la vida humana tiene este carácter vocacional en tanto que nuestro ser es incompleto. Vivir es elegir y elegir es lo único que podemos hacer respecto al ímpetu, a la tensión inherente a nuestro ser incompleto. Si lo pensamos, podemos reconocer este ímpetu o esta tensión de la que habla Nicol en nuestras vidas, como este permanente estado de insatisfacción, como el hecho de que siempre sentimos la necesidad de hacer algo para llegar a un fin, y nunca, ni logrando los fines que nos proponemos, podemos quedar completamente satisfechos. Tenemos, pues, que hay

⁵² Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 201

⁵³ *Ibidem.* p. 200

siempre en nuestra vida un impulso, una cierta tensión que nos mueve a actuar, y al respecto

Mauricio Cuevas nos aclara

Debido a que el hombre es ontológicamente libre, es impulso, tendencia. El ser humano es el ser *vocacional*, “llamado” a cumplir su ser, a realizar un camino de vida, a completar el ser que le falta; la carencia de ser es la que lo mueve a ser, la que lo impulsa a trascender su naturaleza biológica.⁵⁴

Y de manera congruente con lo dicho hasta aquí, Nicol señala que lo importante no es la elección de una vocación sino lo que impulsa a haberla elegido. Del mismo modo en que al hablar del sentido prefilosófico del concepto de verdad, en el que lo importante no es la adecuación de lo dicho con la realidad sino la intencionalidad con la que se expresa lo dicho, así también Nicol considera que tiene un valor cualitativo más importante aquello que nos motiva a elegir nuestra forma de vida, que la forma de vida elegida. La elección de nuestra forma de vida es cualificable en tanto que es libre; elegir es actuar, todo acto es expresión y toda expresión es cualificable.

Cabe mencionar una idea que es de suma importancia y que hemos de retomar más adelante, aquella que nos dice que la vida vale por sí misma. En clara oposición a las filosofías inmanentistas, Nicol refuta su error fundamental: no tiene ningún sentido negarle todo valor a lo hecho en la vida únicamente porque ésta ha de llegar necesariamente a un fin. Y es la propia evidencia fenomenológica la que se encarga de desmentir dicha postura, pues en realidad en la vida no existe esa radical indiferencia respecto a las distintas formas de vida que podemos adoptar como seres humanos. Así que la muerte no es esa nada de la que toda existencia depende. Con toda razón Nicol pregunta “Si nada vale, ni la vida misma,

⁵⁴ Mauricio Cuevas Andrade, “El ser del hombre en Eduardo Nicol. Implicaciones éticas.” en *Eduardo Nicol (1907-2007) Homenaje*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2009 p. 199

¿cómo es que todos los hombres viven *en tensión*? [...] La tensión o impulso, que en latín se llamaba *impetus*, y en griego *hormé*, es precisamente la vocación vital: la vocación constitutiva del ser del hombre.”⁵⁵ La vida no necesita la certeza de una vida ulterior para tener valor o importancia, la vida es valiosa por sí misma. Elegir lo que hemos de hacer con la vida no es una elección trivial y sin importancia. Tal como Nicol lo señala, lo que está de por medio en esa elección vocacional es el ser propio de cada individuo, el ser del ser que forzosamente debe elegir su forma de vida.

Precisamente porque la vida es vocación, el camino de la vida es el camino del error. Por esto he dicho que la vida se paga con la vida. Pero, por más que dudemos, y nos parezca incierto el camino emprendido, no hay jamás duda ninguna de que fuimos y seguimos siendo *llamados*. Aquí estamos para vivir. La vocación de la vida es el hecho de que ésta se justifica a sí misma por su mera existencia.⁵⁶

Por otro lado, Nicol distingue entre las distintas vocaciones particulares que los individuos pueden elegir y la vocación humana en general. Las distintas vocaciones corresponden a formas de vida específicas, a aquello en lo que más empeñamos nuestro cuidado, como habíamos dicho más arriba, pero la vocación humana es distinta. Es, según Nicol, aquello a lo que estamos llamados a hacer todos los seres humanos: “el cometido del hombre es expresar al ser.”⁵⁷ *Aquí estamos para vivir*, nos dice Nicol. Vivir es actuar, elegir lo que haremos en y de nuestra vida; todo lo que hacemos, todo acto es expresivo; vivir es expresar; aquí estamos para expresar, y toda expresión es cualificable. Veamos ahora la manera en que Nicol propone distinguir las formas de vida auténtica y la forma de vida inauténtica a partir de la fidelidad con la que vivamos nuestra vocación.

⁵⁵ *Ibidem*. p. 51

⁵⁶ *Ibidem*. p. 21

⁵⁷ *Ibidem*. p. 20

2.4 Autenticidad.

La autenticidad o inautenticidad de una forma de vida se refiere al modo en el que cada individuo lleva a cabo la vocación que ha elegido. Concretamente, es auténtico quien es fiel al *ethos* propio de su vocación. De manera tal que la inautenticidad es lo contrario: es inauténtico quien elige una forma de vida pero no respeta el *ethos* de tal vocación. De acuerdo con Nicol, del lenguaje común entre los individuos que eligieron una misma vocación surge el *ethos* propio de tal vocación, es decir, que a partir de ese lenguaje común se establece *lo que hay que hacer* dentro del ámbito de dicha vocación, así como la manera en que hay que hacer lo que hay que hacer. En palabras de Nicol:

Cada forma simbólica crea el *ethos* de su mundo. No hay mundanidad sin eticidad. La cuestión del puesto del hombre en el cosmos es una cuestión ontológica [...] La cuestión del puesto del hombre en el mundo es una cuestión ética. Este puesto o posición se adopta libremente, con la incorporación a una trama de vinculaciones cualificadas, en las que se establece “lo que hay que hacer”. Se confirma ahora, de manera más precisa, lo indicado [...] respecto de la autenticidad, como fidelidad al *ethos* de la comunidad de sentido. La participación entraña responsabilidades. En cada vocación, la inautenticidad es una evasiva, y se ha de considerar como una ambigüedad ética, porque no sólo es un “hacer mal las cosas” sino un hacerlas degenerando el hacer. La ambigüedad consiste en que el hacer es el mismo, y sin embargo no es el mismo.⁵⁸

Así podemos comenzar a vislumbrar otra de las ideas que motivaron el presente trabajo: el concepto fundamental es el de *fidelidad*. En la concepción nicoliana acerca de la autenticidad e inautenticidad hay una valoración y Nicol nos la ha expuesto en estas palabras: el puesto del hombre en el mundo es una cuestión ética. La participación en una forma de vida elegida libremente entraña la responsabilidad de llevar realmente a cabo, de manera fiel a como ha

⁵⁸ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 254

establecido la comunidad que eligió esa misma vocación, las acciones, las expresiones en las que consiste dicha forma de vida. Es auténtico aquel que cumple o que no contraviene el *ethos* propio de su vocación; aquel que hace lo que hay que hacer, de acuerdo al *ethos* de la vocación que libremente ha elegido.

Pongamos como ejemplo la vocación científica para aclarar lo que estamos diciendo. “La ciencia es el compromiso vocacional, libremente elegido de vivir diciendo cómo son las cosas en sí mismas.”⁵⁹ Es decir, la vocación del científico es la de vivir diciendo cómo son las cosas en sí mismas. Entre la comunidad de sentido que conforman los científicos hay establecidos valores de los cuales se derivan en general normas que determinan qué es lo que se debe hacer, cómo se debe hacer y qué no se debe hacer en cuanto a su actividad como científicos. A eso es a lo que llamamos el *ethos* de la vocación científica. Entre quienes han elegido esa forma de vida, aquellos que realmente viven diciendo las cosas como son en sí mismas, y que al hacerlo lo hacen cumpliendo con todos los requisitos de una investigación científica, es decir, sin falsear resultados; sin plagiar ideas; en fin, siendo fieles al *ethos* vocacional científico, de ellos es de quienes se puede decir que viven de manera auténtica. Y evidentemente, quienes eligieron esa forma de vida pero no respetan el *ethos* vocacional científico, no son científicos auténticamente sino que viven de manera inauténtica. El matiz importante es que, al no cumplir con el *ethos* científico, su quehacer no es ciencia estrictamente, pero a la vez, en cierto sentido, es el quehacer científico el que llevan a cabo aunque de manera deformada: es ese quehacer propio de los científicos el que pretenden llevar a cabo. A esto es a lo que se refiere Nicol al llamarle ambigüedad ética a la inauténticidad: el hacer es el mismo y sin embargo no es el mismo.

⁵⁹ *Ibidem.* p. 160

A diferencia de Heidegger, quien considera que son sólo unos pocos los que logran una forma de vida auténtica o propia, tenemos que para Nicol las formas de vida auténticas son múltiples y numerosas: son todas aquellas que se viven de manera fiel a su *ethos* respectivo, mientras que existe una única forma de vida inauténtica, que es la de todo aquel que vive infringiendo el *ethos* de la vocación que ha elegido. En palabras de Nicol:

El análisis del hombre como ser de la expresión revela que son múltiples las posibilidades de ser con autenticidad o propiedad. La autenticidad es varia, pero la inautenticidad es única. El modo de ser inauténtico, correspondiente a cada *ethos* vocacional particular, ofrece el mismo rasgo de la infidelidad, de la falsedad expresada: es la infracción de ese *ethos* previamente elegido. El inauténtico denota una falta de lealtad hacia sí mismo. Esto permite identificarlo tan bien como al auténtico, o acaso mejor, pues nadie puede ser infiel a sí mismo sin ser infiel a los demás.⁶⁰

Respecto a la inautenticidad, Nicol también difiere claramente de Heidegger, quien considera que es la gran mayoría de los seres humanos la que vive de una manera inauténtica o inpropia. Para Nicol, vive de manera inauténtica quien carece de lealtad hacia sí mismo. De esta única manera se define a todos los que viven de manera inauténtica sin importar la forma de vida que han elegido. Y son éstos quienes destacan, quienes constituyen la excepción en cuanto a las formas de vida.

Así pues, Nicol nos ha dicho que la elección de nuestra forma de vida, la elección de nuestro lugar en el mundo es una cuestión ética. Debemos entender entonces que el vivir de manera auténtica o inauténtica no es una elección individual irrelevante para el resto de los seres de la expresión, ni siquiera es una que afecte únicamente a la comunidad vocacional de la que se trate, sino que es una elección que afecta a todos los seres de la expresión, y en ese sentido es susceptible de ser juzgado el modo en el que vivimos nuestra vida.

⁶⁰ *Ibidem.* p. 252

Lo reprochable no es la posición sino la manera como se mantiene. No se requiere pertenecer a un mundo para percibir dentro de él las inautenticidades, y sentirse afectado por ellas, pues el inauténtico trastorna el orden del mundo común a todos ellos. La solidaridad existencial se precisa en esta relación entre un demandar y un responder que son, ambos, primariamente implícitos. Por esto la autenticidad es la que se da por descontada, y la inautenticidad es la que resalta.⁶¹

¿A qué se refiere Nicol con solidaridad existencial y lo que nos dice al respecto? Esta relación entre un demandar y un responder primariamente implícitos es la relación que describimos en el primer capítulo de este trabajo. Es la relación simbólica, dialógica, de comunión expresiva que existe entre todos los seres de la expresión. Las relaciones que se generan a partir de las expresiones fácticas entre individuos concretos, sólo son posibles a partir de la relación simbólica primaria que nos constituye como comunidad ontológica expresiva. La sola presencia del otro-yo es expresiva, es un demandar implícito ante el cual comenzamos a responder necesariamente. La idea es que esta relación simbólica implícita en toda relación humana precisa una *solidaridad existencial*. En palabras de Teresa Padilla:

La autenticidad es responsabilidad: es la necesidad, ínsita a toda deliberación de una forma de vida, de responder ante los demás. Pues los demás interrogan siempre, con su mera presencia, por el hecho de estar ahí, sin enunciar preguntas precisas. Lo que solicita la presencia de los demás es que cada uno sea, auténticamente, lo que ha elegido ser.⁶²

Ahora bien, ya habíamos mencionado que toda expresión representa el Ser y que en ese sentido toda expresión es verdadera, pero en realidad esta es una idea que va más allá de una simple característica de toda expresión. En su *Metafísica de la expresión*, Nicol muestra de manera más completa el papel de la verdad en nuestra existencia:

⁶¹ *Ibidem.* p. 255

⁶² Teresa Padilla, "Metafísica y humanismo en la obra de Eduardo Nicol. Fundamentos metafísicos, antropológicos y éticos del humanismo en la filosofía de Eduardo Nicol." en *Eduardo Nicol (1907-2007) Homenaje*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2009 p. 160

Lo que poseemos constitutivamente no es una verdad determinada, o un conjunto de verdades sobre esto o aquello. Tenemos, como propiedad de nuestro ser, la capacidad funcional de la verdad: nuestra existencia funciona con verdades, en verdades, por verdades, desde verdades, cualquiera que sea nuestra disposición vocacional frente al ser. La ciencia no es sino una modalidad vocacional de existencia; pero esta vocación específica, como cualquier otra, presupone la vocación humana, común a todos: la constitutiva del ser que habla del ser.⁶³

De esta manera es más claro aún por qué es que Nicol se refiere en ocasiones al ser humano como el ser de la verdad. Pero también proporciona más claridad acerca de la naturaleza de la ya mencionada relación simbólica que permite toda otra relación fáctica entre los seres de la expresión. Evidentemente al dialogar en la cotidianidad no reparamos en si son verdad o no todas y cada una de las cosas que decimos y nos dicen; uno al dirigirse a algún lugar, si no sabe llegar pregunta cómo hacerlo, y al recibir indicaciones las sigue sin mucho cuestionamiento. No causa sorpresa el que las indicaciones recibidas sean ciertas. Lo que sí resalta es cuando nos dan indicaciones inverosímiles, que no parecen verdaderas, igual que el comprobar que las mismas no eran ciertas. En general, lo que se espera es que se hable con la verdad. Al estudiar; al llevar a cabo proyectos; al trabajar; al hacer un trámite; al comprar; en fin, en prácticamente todo lo que hacemos en la cotidianidad se espera y se da por hecho que todos nos comunicamos con la verdad. Si de antemano desconfiáramos de todos no podríamos hacer nada en conjunto, en sociedad.

Se puede, así, comenzar a ver la interrelación que hay entre las nociones de la verdad como sinceridad y el concepto de solidaridad existencial. En el dialogar cotidiano nuestros interlocutores pueden decir algo que no representa de manera adecuada la realidad, es decir, se pueden equivocar y decir algo erróneo, pero ello no suspende la confianza implícita en que todo lo que nos dicen sea verdadero. En otras palabras, el error existe pero no

⁶³ *Ibidem.* p. 164

suspende la presuposición de verdad en las expresiones. Toda expresión, todo diálogo se da siempre a partir de esta presuposición de verdad. Es a esta presuposición de verdad a la que Nicol se refiere al hablar de *solidaridad existencial*. Ahora bien, nadie desconoce que existe la posibilidad del engaño. Éste, a diferencia del error, consiste precisamente en la suspensión deliberada del régimen de la verdad en el que vivimos. Es expresar con la intención de hacer creer al otro que las cosas son de una manera diferente a la que en realidad son. Vemos, pues, que es por esta solidaridad existencial en la que basamos nuestra existencia que Nicol atribuye el carácter ético tanto a la verdad como a la fidelidad que guardamos respecto a la forma de vida que hemos elegido.

Capítulo 3 Máxima a partir de Nicol.

3.1 Máxima como verdad absoluta y no universal.

El camino que nos señala de manera clara la intencionalidad que permea toda la obra de Nicol, es el de reflexionar acerca de la moralidad de todas nuestras acciones. Ante los acontecimientos sociales del siglo pasado y el nuevo orden mundial neoliberal, la revolución en filosofía, que se ha de dar mediante una nueva y fecunda manera de pensar y fundamentar el saber filosófico, misma que abre la *Metafísica de la expresión* y que queda concretada en la *Crítica de la razón simbólica*, se nos presenta como una valiosa e importante oportunidad para retomar la reflexión acerca de la cualificación moral de nuestras acciones en general.

Sostener que nuestra existencia se da como una relación simbólica, no es sólo una tesis descriptiva del modo en el que son las cosas ontológicamente; debemos entender nuestra pertenencia al Ser junto con el resto de los entes, así como la co-pertenencia entre el ser de los demás seres de la expresión y el nuestro, no como el mero hecho de *estar en* el Ser, ni un mero *estar con* los demás seres de la expresión. El concepto de verdad es aquel que nos da la clave respecto a nuestra relación con los demás y con el Ser. Nicol nos dice que

[...] la verdad es el acto verbal con el que expresamos nuestra pertenencia al ser. Verdad es comunidad en dos sentidos: comulgan quienes dialogan afirmando con la palabra su forma de ser común. Al mismo tiempo, ambos participantes comulgan con el ser comunicado. La expresión de la pertenencia puede llamarse comunión porque es una participación activa: no es el simple hecho de estar en el ser, sino un acto que le añade algo que antes no estaba dado.⁶⁴

No sería fácil encontrar expresado de manera más clara el modo en el que Nicol ve las cosas. Esta es la postura que en última instancia representa la revolución necesaria en filosofía, y es la clave para entender a la razón como razón simbólica. Para Nicol es evidente que mientras no nos entendamos realmente como parte del Ser y del ser de los demás, no seremos conscientes de la influencia directa que tienen siempre todas nuestras expresiones sobre ellos y las de los demás sobre nosotros. No ser conscientes de esa interrelación simbólica recíproca entre nuestro ser individual, el Ser y el ser de los demás abre la posibilidad a la indiferencia respecto a la cualidad moral de la mayoría de nuestros actos. No entendernos realmente como parte del Ser y del ser de los demás tiene como consecuencia que desconozcamos el hecho de que todos los actos implican una intencionalidad hacia el otro y lo otro de los cuales somos complemento, y por lo tanto, que desconozcamos que todos los actos son cualificables moralmente, pues es común pensar que hay actos privados

⁶⁴ *Ibidem.* p. 161

que no afectan a nadie más que a nuestra propia persona; y aún sabiendo que un acto afecta a alguien o a algo más, también es común pensar que hay actos que no son tan importantes en cuanto a sus consecuencias morales. Aunque queramos, no es posible actuar sin que afectemos a lo demás y a los demás: todo acto afecta siempre de manera necesaria a lo demás y a los demás en tanto que somos parte del Ser.

Entendemos que afirmar que todos nuestros actos son cualificables moralmente es conflictivo. Por ello debemos aclarar que al sostener que todo acto es moralmente cualificable no proponemos que en la vida cotidiana se deba reflexionar acerca de la moralidad de todos y cada uno de nuestros actos. Eso impediría un desarrollo razonable de nuestras actividades. Pero lo que sí se busca es que al sostener y fundamentar ontológicamente que todo acto es cualificable moralmente, con ello quede cancelada la posibilidad de tener una postura como la que mencionamos al final del párrafo anterior, es decir, pensar que puede haber actos que no afectan a nadie más que a nuestra propia persona. Esto se soluciona si se entiende nuestro ser como símbolo del Ser y del ser de los demás. Además, entendernos como parte integral del Ser implica entender que toda expresión, que tiene necesariamente una intencionalidad dirigida hacia los entes tanto expresivos como inexpressivos, nos afecta directamente a cada uno de nosotros que expresamos en tanto que somos parte de la misma unidad que es. Esto tiene una implicación también sobre el alcance de la ética que es importante destacar. En palabras de Lizbeth Sagols, el planteamiento de Nicol

[...] nos revela la esencial cotidianidad de la ética sacándola del limitado ámbito al que la hemos relegado. Poco a poco, la ética ha quedado reducida a una actividad apropiada para las “situaciones límite” o para los escasos ratos de reflexión con que contamos en la vida contemporánea. [...] La ética se convierte, entonces, en una responsabilidad que emerge en todo momento: algo capaz de responder,

efectivamente, a las situaciones más disímbolas, algo cotidiano y en gran medida natural.⁶⁵

Además, entendernos como expresión implica sabernos responsables de toda expresión porque al expresar siempre está implícita nuestra libertad. Toda expresión es verdadera y la verdad cambia históricamente. Ese cambio es consecuencia de la libertad implícita en nuestra forma de ser y, en tanto que lo expresado es producto de nuestra libertad, ello nos hace responsables de toda expresión, de toda acción.

Se diga lo que se diga, en el decir el ser se hace presente *de veras*, aunque lo dicho no se cualifique después como verdadero, como adecuado. La verdad está en el propio acto de la manifestación, la presencia no es ambigua: ahí está el ser hablando del ser. Esta acción de presencia es ética porque *expresar es hacer*. Ningún hacer es indiferente; no sólo porque el diálogo produce efectos vitales en los interlocutores, sino, más profundamente, porque hablar del ser que está ahí (sea el yo mismo o la cosa ajena) es estar *haciendo ser*. El incremento del ser es cualificable porque es libre: no está predeterminado por el ser lo que se va a decir de él. Lo necesario es tener que optar. Para existir, es necesario manifestar el ser: ahí está la verdad. *Verdad es libertad.*⁶⁶

Es por esa razón que decíamos que la metafísica de Nicol permite otra manera de fundamentar la ética. Somos símbolo del Ser y ello tiene implicaciones éticas. Pero más aún, es por ello que desde la metafísica de Nicol se reivindica y se revalora de manera contundente y positiva tanto la vida como la realidad. Como bien lo señala Juliana González

[...] si este mundo es el Ser mismo, queda plenamente reivindicada la existencia, tanto la humana como la extrahumana, en su propio devenir y en su fenomenicidad. El absoluto se hace presente como la presencia total y como plenitud del ser, que se manifiesta en cada ente: “en el más efímero de los fenómenos reales” ya está el ser – dice Nicol. La realidad visible y cambiante contiene su propia eternidad y posee en sí misma, en y por el cambio, su propia dignidad ontológica.⁶⁷

⁶⁵ Lizbeth Sagols, op. cit. p. 139-140

⁶⁶ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*. F.C.E., México 2003 p. 167

⁶⁷ Juliana González, op. cit. p. 177

Se comprende mejor ahora la idea que habíamos mencionado en el apartado 2.4 acerca de que la vida vale por sí misma. Vivir es expresar, expresar es hacer Ser y el Ser es el absoluto necesario y eterno de manera intrínseca e incuestionable.

Volviendo al tema de este apartado, la intención de este trabajo es proponer una máxima a partir de algunas consideraciones que Nicol hace respecto a la autenticidad. Comencemos con algunas ideas acerca de la verdad, a fin de establecer características en común entre la verdad y la moral. Así pues, en *La vocación humana* Nicol plantea la siguiente idea:

Sin duda, la verdad es absoluta y sólo puede ser absoluta; pero está por verse que, por ser absoluta, deba ser universal e intemporal. [...] esta verdad que surge de la razón, y de todo lo demás que constituye la vida del hombre, es un hombre el que la profiere y quien cree en ella, y es suya propia como es propia también su vida, de la cual aquella verdad constituye una expresión. Una verdad es absoluta sólo cuando es *auténtica*.⁶⁸

Anteriormente vimos cómo Nicol insiste en cada ocasión que menciona a la moral o las morales, en recalcar el hecho de que éstas son necesariamente históricas, para de inmediato oponer esta noción al carácter de fundamento universal que tiene la eticidad propia del ser de la expresión, a partir de la cual son posibles todas las morales. Y aquí es donde se vuelve necesario aclarar las posibilidades que se abren a partir de lo dicho por Nicol.

La verdad es absoluta. Y con ello no se niega la posibilidad de otras nuevas verdades. La verdad es histórica y no por ello deja de ser verdad. No cabe el preguntarnos por la posibilidad de su existencia pues la verdad es un hecho. Además, retomemos una idea de suma importancia: el que la verdad sea absoluta sólo cuando es auténtica. Aquí la

⁶⁸ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 135

autenticidad también se refiere a la fidelidad, pero no es fidelidad al *ethos* de una forma de vida, sino fidelidad a la vocación humana que en ella se guarde. Dijimos que en un sentido primario toda expresión es verdadera; ahora agregaremos que la verdad es auténtica cuanto más fiel sea a la vocación humana, a saber, la de vivir expresando el Ser. Si recordamos que no es posible no expresar al Ser, aclaremos que la fidelidad se refiere a la intencionalidad con la que expresamos. Dijimos que en la verdad estamos siempre, pero que existe la posibilidad del engaño. Proponemos que quien engaña también expresa el Ser pero no expresa con la intención de mostrarlo como él cree que es. Nicol nos dice que una verdad es absoluta sólo cuando es auténtica, y será auténtica cuando sea una verdad realmente propia de quien la expresa, cuando en ella exista la lealtad hacia sí mismo por parte de quien la expresa. El que engaña no expresa su verdad, o sea, lo que él cree que es verdadero, sino que expresa algo que él no tiene por verdadero, y en ese sentido se puede decir que el engaño es una expresión que no es fiel a la vocación humana. El engaño no deja de expresar el Ser, pero lo hace de manera inauténtica, de una manera en la que lo expresado carece de lealtad hacia sí mismo. A donde hemos de encaminar este trabajo es a proponer que estas ideas de Nicol que acabamos de mencionar acerca de la verdad se pueden aplicar a la moral. Consideramos que se puede entender también a la moral como absoluta, por las mismas razones que a la verdad se le ha de considerar así, es decir, en tanto que sea auténtica, fiel a la vocación humana.

Lo primero que hemos de atender es si nuestras propuestas no se oponen a lo que podemos observar en la realidad, pues la evidencia fenoménica es el punto de partida, y es aquello que las teorías deben poder explicar. Lo que podemos ver es que, tal como los individuos tienen cosas consideradas como verdaderas, asimismo tienen una moral con la que juzgan la moralidad de las acciones. Entendemos por moral un conjunto de normas o máximas que indican qué es lo que debemos hacer y qué es lo que no debemos hacer, es

decir, un conjunto de normas que define qué expresiones son morales y cuáles expresiones son inmorales. Recordemos que hay diferentes morales por la eticidad inherente al ser del ser humano.

Tal como nos lo indica Teresa Padilla: “El carácter ético de la verdad radica en el hecho de que los hombres pronuncian juicios morales, ya que son generadores de verdades. El simple acto de hablar enlaza, y todo vínculo humano es, por naturaleza, cualificable.”⁶⁹ En este sentido, las personas juzgan moralmente las acciones, tienen efectivamente un conjunto de normas morales o máximas a partir de las cuales pueden juzgar si es moral o inmoral alguna expresión. No es necesario que tengan presente de manera consciente y literal la moral con la que lo hacen, ni tampoco tienen que tener presente su eticidad esencial, para de hecho juzgar que tal acción es indebida, o que tal otra es lo que debemos hacer. En tanto que en todas las acciones está presente necesariamente nuestra libertad, todas son cualificables. Y si habiendo reflexionado al respecto logramos poner en palabras las normas morales o máximas a partir de las cuales solemos juzgar la moralidad de las expresiones, aún es posible que no sepamos explicar claramente por qué las juzgamos a partir de esas normas o máximas en específico. Si lo pensamos, sucede lo mismo con la verdad. Es posible que tengamos algo por verdadero, por ejemplo que debemos ahorrar energía eléctrica, y no sepamos exactamente por qué es benéfico ahorrar energía, o por qué es perjudicial desperdiciarla. De igual modo, quizás no sepamos dar razones de por qué creemos que matar es inmoral, por ejemplo, y aun así tener por verdadera esa norma moral que diría “no debo matar”, y de hecho juzgar la moralidad tanto de nuestras acciones como las de los demás a partir de esa norma. Ahora bien, conozcamos o no las razones para hacerlo, cuando creemos en alguna norma moral en particular, lo hacemos de manera

⁶⁹ Teresa Padilla, op. cit. p. 149

absoluta, igual como lo hacemos con toda expresión que creemos que es verdadera, y eso no lo cambia el hecho de que tanto la moral como la verdad sean históricas. Entonces, proponemos entender que toda moral es absoluta cuando es auténtica, cuando es realmente una expresión de la vida y del ser de quien la expresa, del mismo modo en el que toda verdad es absoluta cuando es auténtica, es decir, en tanto que es expresión fiel a su ser humano.

Somos conscientes de que es arriesgado proponer una máxima absoluta. Procedemos con cuidado aquí, pues las implicaciones de un error son peligrosas, y es muy fácil caer en el error de proponer una máxima universal, es decir atemporal, en lugar de una máxima absoluta. El problema evidente y grave es que si alguien cree que conoce ya la verdad o la moral universal, ello mismo cancela toda posibilidad de diálogo, por lo que su expresión se volvería más bien un imponer. Pretender establecer verdades o máximas universales implica abrir la posibilidad a la conformación de ideologías y concepciones del mundo fundamentalistas las cuales, como todos sabemos, han sido origen y fundamento de los peores crímenes a lo largo de la historia. El propio Nicol nos lo advierte y ahonda al respecto: “Las obras de la filosofía no pueden aspirar legítimamente a proponer verdades universales; bajo la aspiración se disimularía, incluso, un afán de dominio. La purificación de este afán sólo se logra renunciando a la universalidad.”⁷⁰

Y eso, renunciar a la universalidad, es exactamente lo que hacemos en este trabajo. No pretendemos postular una máxima universal eterna, sino una máxima verdadera e histórica, es decir, la que proponemos será una máxima absoluta. Retomando la insistencia de Nicol sobre el carácter histórico de toda moral, vemos como en una cita que transcribimos

⁷⁰ *Ibidem.* p. 320

en el apartado 2.1 sobre la eticidad, Nicol nos dice que “El ser creador de sentido tiene que comportarse éticamente, y por lo mismo no puede instituir una moral universal, uniforme e inmutable.”⁷¹

Siendo que en general la obra de Nicol representa una revolución filosófica en muchos aspectos, y que así es como él mismo la entendía, resulta bastante claro el por qué decidiera enfocarse primordialmente a plantear y fundamentar su concepción acerca de la eticidad inherente al ser de la expresión: la eticidad tal como Nicol la plantea es parte fundamental de su sistema, y constituye en sí misma una idea que permite el replanteamiento de la reflexión ética en filosofía desde una nueva fundamentación.

La insistencia en el carácter ético de la verdad no envuelve el propósito de someter las verdades a juicio moral. Por el contrario, los hombres pronuncian juicios morales porque son productores de verdades. El hecho simple de hablar es vinculatorio, y todo vínculo es, por naturaleza, cualificable. Ninguna relación humana es indiferente.⁷²

El nuevo fundamento, evidentemente, es la expresividad del ser humano. En este sentido, para considerar retomar ideas nicolianas y plantearlas como una posible máxima, es indispensable respetar dicho fundamento. En todo caso, nosotros concordamos con la idea de Nicol, y no pretendemos instituir una moral universal, uniforme e inmutable, sino proponer una máxima absoluta.

⁷¹ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 163

⁷² *Ibidem.* p. 164

3.2 Propuesta de máxima a partir del concepto de *autenticidad* en Nicol.

El concepto de *máxima* lo empleamos en un sentido de principio moral.⁷³ Así pues, la máxima que proponemos se puede expresar de la siguiente manera: “Sé auténtico”. Nos referimos, evidentemente, a la autenticidad entendida como la fidelidad a nuestra vocación humana. Encontramos varios elementos en la obra de Eduardo Nicol a partir de los cuales nos parece que la máxima que proponemos está implícita, y hemos de exponerlos como tales a continuación. En el apartado 2.4, al hablar de la autenticidad, expusimos la siguiente idea de Nicol:

Cada forma simbólica crea el *ethos* de su mundo. No hay mundanidad sin eticidad. La cuestión del puesto del hombre en el cosmos es una cuestión ontológica [...] La cuestión del puesto del hombre en el mundo es una cuestión ética. Este puesto o posición se adopta libremente, con la incorporación a una trama de vinculaciones cualificadas, en las que se establece “lo que hay que hacer”⁷⁴

La trama de vinculaciones cualificadas, en las que se establece *lo que hay que hacer*, es decir, el *ethos* propio de cada vocación, es histórico al igual que toda expresión humana, por eso no es posible establecer una moral universal y ahistórica. Pero el punto es que es necesario e inevitable, esencial a nuestro ser humano, el tener que elegir nuestro *puesto en el mundo*. Hemos de elegir nuestra forma de vida, y tenemos la opción de ocuparnos, de manera auténtica o no, de eso que hemos elegido hacer de nosotros mismos; tenemos la libertad, y por lo tanto somos responsables, de elegir llevar a cabo de manera auténtica nuestra vocación, ya sea la de la forma de vida que hemos elegido, o la de la vocación

⁷³ Ferrater Mora, J. *Diccionario de Filosofía*, Tomo III, Ariel, Barcelona, 2004

- Máxima: “ [...] ‘Máxima’ puede ser también empleado, y ha sido empleado cada vez más, en el sentido de ‘principio moral’: las máximas fueron entendidas ya desde el siglo XVII también, y hasta sobre todo, como ‘máximas morales’. [...] En cierto modo las máximas pueden considerarse como reglas intermedias entre la ley moral universal abstracta y las reglas de acción concreta para el individuo.

⁷⁴ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p. 254

humana común, o bien de llevarla a cabo de manera inauténtica: fingiendo, engañando, deformando el quehacer que pretendemos llevar a cabo; suspendiendo el *régimen de verdad* presupuesto en nuestra existencia cotidiana. Si bien en el apartado 2.4 de este trabajo ya había sido notoria la valoración que Nicol hace respecto a la autenticidad e inautenticidad con las que es posible vivir la vocación humana, consideramos que estas palabras que encontramos en la *Metafísica de la expresión* son aún más reveladoras al respecto:

La inautenticidad no es éticamente neutra. Es cualificable porque esa infidelidad a la propia manera de ser trae un desequilibrio en el mundo circunscrito de una vocación. Implícitamente, la autenticidad es aquello que esperamos de cada cual. Cada hombre tiene el derecho existencial a no quedar sorprendido y defraudado por la anomalía. El orden mundano se establece con el supuesto de que lo vulgar sea precisamente lo auténtico.⁷⁵

Cabe hacer varias aclaraciones. En principio, decir que la inautenticidad no es éticamente neutra y que es cualificable, es algo que es cierto para toda expresión y toda elección. Ambas ideas no muestran por sí mismas la valoración negativa que decimos que hay respecto a la inautenticidad de parte de Nicol. Pero teniendo en cuenta el resto de la cita es que se muestra de manera clara dicha valoración: la inautenticidad es cualificable de manera negativa porque es una infidelidad que provoca un desequilibrio; la inautenticidad constituye una anomalía que defrauda a todo interlocutor y contraviene la presuposición de autenticidad con la que todos vivimos. La autenticidad, así como habíamos dicho respecto a la verdad, es lo que implícitamente esperamos de todo otro-yo con quien interactuamos directamente. Pero independientemente de esta descripción acerca de cómo nos relacionamos con los otros seres de la expresión, Nicol va más allá. Al sostener que los humanos tenemos *el derecho existencial* a no ser sorprendidos ni defraudados por la anomalía, por la excepción desequilibrante de las relaciones de sentido que viene siendo la inautenticidad, Nicol es

⁷⁵ *Ibidem.* p. 252

bastante claro, hace una fuerte condena a quien elige un modo de vida inauténtico y por esta razón proponemos una máxima absoluta que es consistente con dicha condena: sé *auténtico*. Al mencionar el *orden mundano* y lo *vulgar* Nicol está explícitamente contrastando su manera de distinguir entre quienes viven de manera auténtica y quienes viven de manera inauténtica con la forma en que las concibe Heidegger: para Nicol las formas de vida auténticas son múltiples y diversas, y corresponden a las formas de vida que eligen la gran mayoría de los seres humanos, el *vulgo*; y no depende de ser consciente de nuestra finitud ni de ningún conocimiento en particular, sino que depende únicamente de que dicha forma de vida sea fiel a la vocación humana, la de vivir expresando el Ser, tal como lo explicamos en el apartado anterior. Mientras que la forma de vida inauténtica para Nicol es sólo una, la de aquellos que viven de manera infiel a la vocación humana, la de aquellos que eligen deliberadamente contravenir la presuposición de autenticidad con la que vivimos.

Debemos aclarar que partimos del hecho de que Nicol nunca dice literalmente que la inautenticidad es inmoral; sin embargo, la intención y finalidad de este trabajo de investigación es la de demostrar que, la valoración negativa que Nicol hace acerca de la inautenticidad es tal, que permite fundamentar la postulación de una máxima que llame a expresar de manera auténtica, teniendo en cuenta la intencionalidad que se percibe a lo largo de toda su obra, y por supuesto, de lo que sí dice literalmente.⁷⁶

Así las cosas, veamos que lo realmente interesante es que dicha valoración o condena no es respecto a una situación particular; no depende de cuál sea la vocación

⁷⁶ La razón por la que creemos que Nicol nunca dice literalmente que la inautenticidad es inmoral, es porque definir de manera literal aquello que es moral o inmoral no es la finalidad de su obra. Consideramos que la intención de la obra de Nicol es la de plantear y fundamentar la metafísica de la expresión para luego consolidar la revolución filosófica que pretende llevar a cabo en su *Crítica de la razón simbólica*, lo cual implica proponer varias ideas importantes y novedosas por sí mismas, entre ellas la de la eticidad esencial del ser de la expresión, contrastada siempre con la historicidad de toda moral. Afirmar que la inautenticidad es inmoral de manera literal, provocaría una discusión innecesaria y distraería a sus interlocutores del planteamiento que quiere proponer.

particular que se ha elegido ni de qué actos concretos constituyen el vivir inauténtico. Al hablar de un derecho existencial Nicol condena la inautenticidad a nivel ontológico. Si todo humano tiene el *derecho existencial a no ser defraudado por la anomalía* que es la inautenticidad, se puede decir que es un deber existencial vivir de manera auténtica. “Sé auténtico”, porque eso es lo que todos esperamos de todos; porque de no hacerlo tu conducta es una anomalía que defrauda la predisposición existencial con la que nos relacionamos. El alcance que tiene la condena, en tanto que se hace a nivel ontológico, es uno de los principales pilares en los que se fundamenta nuestra intención de postular una máxima a partir del modo en el que Nicol entiende la autenticidad y la inautenticidad.

La “posibilidad de obrar de otra manera” no le es negada por completo a ninguna existencia. Esto es lo que le da sentido, y lo que establece la base legítima (e inevitable) de una valoración positiva de la fidelidad a sí mismo, y de una valoración negativa de la infidelidad, o falta de carácter.⁷⁷

Nicol se refiere a la fidelidad a sí mismo como la congruencia que muestran las expresiones de una misma persona. Lo cual es consistente con el sentido de la autenticidad como fidelidad al *ethos* elegido por cada persona. La congruencia en las expresiones de una persona, es decir, la fidelidad hacia sí mismo que muestran las expresiones de una persona, dependen en última instancia de las elecciones que hace dicha persona, y por lo tanto, el que haya o no congruencia en sus expresiones es susceptible de ser juzgado. Y lo que Nicol nos dice literalmente es que la fidelidad hacia sí mismo merece una valoración positiva, y la infidelidad hacia sí mismo merece una valoración negativa.

Respecto al carácter de absoluta de nuestra máxima, en oposición a un carácter universal, podemos agregar que tal distinción no es una idea menor dentro del sistema

⁷⁷ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México 2003 p.223

nicoliano. No se trata simplemente de una distinción que es mencionada pocas veces ni de la cual Nicol únicamente eche mano al hablar de la verdad. Es una distinción que tiene una presencia importante en el conjunto de su obra, y la razón principal por la que decidimos recurrir a tal distinción para el planteamiento de una máxima, es que Nicol mismo la tiene presente al hablar acerca de la valoración de nuestras acciones.

Acaso nada valga por sí mismo; pero, si cuanto hagamos recibe su valor del modo como lo hacemos, entonces el relativismo de los fines se salva por el absolutismo radical de los propósitos, o sea por la fuerza de amor que los inspira a todos.⁷⁸

Evidentemente lo que resalta de la idea que acabamos de presentar es que en oposición al *relativismo* de los fines, no es la *universalidad* sino el *absolutismo* radical de los propósitos lo que le da valor a nuestras acciones. El valor de las cosas que hacemos, de nuestros actos, no se debe juzgar a partir del fin que fácticamente se ha logrado mediante dichos actos. Se debe juzgar a partir de los propósitos, de la motivación o intención que nos ha impulsado a hacerlos. Lo cual es algo que se ha dicho ya respecto a la verdad: la verdad en sentido prefilosófico es expresar con la intención de mostrar al Ser como se nos presenta, sin la intención de engañar; y también es algo que se ha dicho respecto a la autenticidad: la autenticidad es vivir con la intención de ser fiel al cometido del ser humano, que es vivir expresando el Ser. Nuestros actos no son cualificables por sí mismos pues son infinitamente diversos. Es imposible compilarlos todos y cualificarlos de manera puntual a cada uno de ellos. Pero hemos dicho que toda expresión es cualificable, entonces cabe preguntarse por algún criterio a partir del cual podamos cualificarlas.

Juzgar la cualidad de los actos a partir de los fines que buscan, conlleva una polémica acerca del valor de los fines. Al discutir sobre si un fin tiene mayor o menor valor que otro, los

⁷⁸ Eduardo Nicol, *La Vocación Humana*, F. C. E., México 1997 p. 317

juicios que haríamos serían relativos. Lo cual trae como consecuencia que cualquier acto, incluso los crímenes más atroces, podrían ser juzgados siempre como buenos y como malos en un mismo momento, y no habría teóricamente ningún elemento que pudiera dar la razón a alguna de las dos posturas. Por ello es que Nicol se expresa acerca del relativismo de los fines como algo de lo que debemos salvarnos. Se puede inferir que el relativismo de los fines es una situación precaria para la cual debemos encontrar una solución. Y la solución que Nicol plantea es la del absolutismo de los propósitos: toda acción está motivada de una de las siguientes dos maneras: podemos actuar con la intención de expresar el Ser de manera fiel a como nosotros consideramos que es en verdad, o con la intención de expresar el Ser de manera infiel a como nosotros consideramos que es en verdad, tal como lo explicamos en el apartado 2.4.

Esa diferencia en la intención es la que ha de servir como un criterio para poder juzgar si un acto es bueno o es malo. Será un criterio absoluto, no relativo, pues aunque las formas de ser auténticas sean múltiples y diversas, la forma de ser inauténtica es una y no deja lugar para ningún relativismo. De manera que el criterio para juzgar la cualidad de los actos a partir de los propósitos es absoluto porque es un criterio auténtico, es una forma de juzgar que es fiel a nuestra forma de ser humana. Dijimos que la eticidad inherente al ser humano es universal, y que las morales no son universales. Decíamos que la verdad no puede ser universal, sino absoluta en tanto que es auténtica. Lo que es universal es aquello que no es histórico; por esta razón ni la verdad ni las morales pueden ser universales, pues ambas son históricas; no así las características ontológicas esenciales de los seres de la expresión, entre ellas nuestra expresividad y nuestra eticidad, que son universales y no cambian al paso del tiempo. Y si la verdad y la moral no pueden ser universales, ¿en qué radica su carácter de absolutas? En su autenticidad, en la fidelidad que guarden a la vocación humana, al modo de ser del ser humano.

Nicol considera que si algo es dicho de manera fiel a la vocación humana, es decir, que es dicho con la intención de expresar el Ser tal como es para quien está expresando, entonces eso que ha dicho es verdadero de manera absoluta. Además, si Nicol considera que las cosas que hacemos reciben su valor a partir de los propósitos o la motivación que los impulsa, entonces consideramos correcto proponer que se valore de manera positiva todo acto que sea auténtico, que esté motivado de manera fiel al ser del ser humano. Y consideramos correcto también afirmar que dicho criterio para valorar los actos, que exponemos como una máxima que nos dice “sé auténtico”, es un criterio absoluto.

Aunado a esto, lo que en general nos dice Nicol es una razón más para realizar este trabajo. Sin duda una de las virtudes que tiene el postular una máxima a partir de la autenticidad como la entiende Nicol, es que dicha máxima no tiene la pretensión de servir para juzgar de facto las acciones de los demás seres de la expresión. La intención de demostrar que ontológicamente toda forma de vida inauténtica es inmoral, y formular una máxima moral a partir de tal demostración, no es la de proporcionar un criterio o punto de vista objetivo para juzgar la moralidad de las acciones de los demás seres humanos, sino la de proveer a cada individuo de un criterio moral que le sirva para juzgar la moralidad de sus propias acciones. Asimismo, lo que Nicol nos dice es que no es posible señalar alguna acción concreta que sea buena en sí misma, *que valga por sí misma*, sino que la finalidad de las acciones es relativa en términos valorativos. Pero lo importante es destacar la intencionalidad que Nicol muestra claramente. Nos da a entender implícitamente que el *relativismo de los fines* es una circunstancia de la que debemos buscar salir, que debemos buscar cambiar; es una situación para la cual debemos encontrar una *salvación* o solución, y compartimos con Nicol esta idea. A pesar del relativismo de los fines y de la historicidad y relatividad de la moral, no es moralmente indiferente actuar de manera auténtica que de

manera inauténtica. Es moral actuar de manera auténtica. Es moral expresar con verdad (en el sentido prefilosófico de verdad), con la intención de mostrar el Ser, es decir, de manera fiel a la vocación humana. De esa manera es que el relativismo de los fines se salva por el absolutismo radical de los propósitos.

Fieles o infieles, sólo podemos serlo con lo próximo a nuestro corazón, con lo que es muy nuestro, no con lo extraño. Y la verdad venimos diciendo que es verdad legítima cuando es auténtica o propia; y cuanto más propia o personal más verdad es, porque las verdades ajenas, aceptadas sin esfuerzo porque son de todos, nos ligan menos que aquellas a que llegamos por nosotros mismos, y éstas hacen también nuestra vida más auténtica. Por lo mismo, la vida auténtica es más respetable porque es, para cada persona, su personalidad misma.⁷⁹

Lo que hacemos no vale por sí mismo, sino por *el modo* en el que lo hacemos. Una misma acción llevada a cabo de manera inauténtica amerita una valoración diferente que esa misma acción llevada a cabo de manera auténtica. Así hacemos evidente que nuestra máxima no tiene la intención de servir como un criterio para poder juzgar la moralidad de las acciones de los demás, pues la intencionalidad con la que llevamos a cabo nuestras acciones no siempre es patente. Nuestra máxima sirve, más bien, como un criterio para que cada individuo pueda juzgar internamente la moralidad de sus propias acciones a partir del modo en el que las lleva a cabo, en oposición a un mero relativismo moral respecto a los actos concretos. E implica una valoración positiva para aquellas acciones que son auténticas pues concordamos con Nicol: para nosotros también es más respetable la vida auténtica.

Ante la anarquía de los intereses en pugna, dentro del Estado, y la consiguiente disputa de los Estados por la supremacía del poder, el pensador y el hombre de bien en general están inertes y se ven impotentes. Esta condición natural y de impotencia no invalida, sin embargo, sino que más bien da pleno sentido a su misión de rescatar las ideas y evitar que sean maltratadas. No debemos sorprendernos si los hombres

⁷⁹ *Ibidem.* p. 136 - 137

llegan por codicia y ambición de dominio a extremos de odio y de ferocidad. Pero puede impedirse que se justifiquen con teorías sus simples malas pasiones.⁸⁰

Es importante insistir en que no se pretende negar ese relativismo de los fines, ni en general la historicidad y relativismo de la moral. Lo que la realidad nos muestra es que cada quien actúa con libertad y juzga desde lo que considera que es bueno y malo, es decir, nos muestra que la moral es efectivamente relativa. Pero lo que buscamos es evitar la indiferencia respecto al tema, postulando una máxima absoluta que debe entenderse como una guía personal e interna, que ha de servir a cada individuo para valorar moralmente sus propias acciones. Buscamos impedir que teóricamente todo valga, que teóricamente no haya ningún punto de referencia acerca de la moralidad de las acciones. En fin, lo que se busca con este trabajo es evitar que se justifiquen teóricamente, por la relatividad de la moral, las acciones que cada individuo sabe que son inmorales, pues nuestra máxima “sé auténtico” impide que, como individuo, te engañes a ti mismo respecto a la moralidad de tus propias acciones: basta con que reconozcas si has actuado de manera auténtica o no.

⁸⁰ *Ibidem.* p. 271

Conclusiones.

A manera de conclusión de esta investigación, podemos recapitular algunas ideas. Podemos comenzar por destacar la importancia que tiene el tema de la ética y la moral en el pensamiento de Eduardo Nicol. Es evidente que para Nicol las acciones en general no son indiferentes moralmente, pero algo que vale la pena destacar es que Nicol muestra que es posible tomar postura respecto a la moralidad de las acciones y fundamentarla de manera teórica y filosófica. Lo cual es más relevante aún, considerando lo delicada que es la reflexión ética y el gran obstáculo teórico que representaba la historicidad del Ser. Y es precisamente con relación a lo último que se vuelve realmente admirable el trabajo de Nicol sobre este tema. La historicidad deja de ser un obstáculo, no por haberla negado o ignorado, sino reconociéndola como lo que es: un hecho, patente e innegable, a partir del cual han de partir nuestras reflexiones filosóficas. Deja de ser un obstáculo para la reflexión ética cuando dejamos de considerarla como una idea más entre muchas producto de algún razonamiento teórico, que se opone a nuestra búsqueda inherente de algo fijo que dé certeza a nuestro entendimiento. Al plantear que la historicidad es ese algo fijo que buscamos, que es un principio inmutable que determina y permea todo razonamiento, Nicol abre un gran panorama en el cual la historicidad deja de ser un obstáculo y se vuelve un punto de partida a partir del cual es posible reconocer las expresiones como verdaderas o falsas, y de acuerdo con lo que hemos dicho en este trabajo, es posible también atribuir a algunos de nuestros propios actos una valoración positiva y a otros una valoración negativa, a partir de su autenticidad o ausencia de ella. Todo gracias al cuidado, a la sensibilidad tan aguda que Nicol muestra en su reflexión y por ende en su expresión filosófica.

En relación con ello, hemos de retomar dentro de nuestras conclusiones la importancia de distinguir entre lo *universal* y lo *absoluto*, puesto que se trata de conceptos que en algunos casos se considera que expresan lo mismo. Al aclarar que la verdad no es universal sino absoluta, Nicol da cuenta de la historicidad inherente a toda expresión, y recurre al concepto de absoluto para reafirmar el peso y la importancia que tienen las expresiones históricas. Pero de manera más señalada, el concepto de absoluto permite establecer una valoración para toda expresión. Esto es de suma importancia pues se trata de una manera de valorar que está fundamentada en la forma de ser universal de los seres de la expresión. A partir de nuestra esencial expresividad, que se muestra fenomenológicamente como siempre inmersa en situaciones vitales frente a las que los individuos respondemos en última instancia ejerciendo nuestra libertad, se vuelve patente el hecho de que somos responsables de la forma en la que elegimos actuar; y en tanto que nuestra forma de ser implica una presuposición de autenticidad en la forma de vida de cada individuo, merecen una valoración positiva aquellas personas que eligen vivir de manera auténtica, y una valoración negativa aquellas personas que eligen vivir de manera inauténtica. Es importante reiterar que dicha valoración sólo pueda llevarla a cabo cada quien respecto a sus propios actos.

Así pues, como conclusión principal de este trabajo, señalamos el hecho que, de acuerdo con la manera en que Nicol da cuenta tanto de la historicidad como del carácter absoluto de la expresión verdadera, es de ese mismo modo como podemos establecer y postular nuestra máxima absoluta: “sé auténtico”; la cual implica una toma de postura y constituirá otro punto a partir del cual hemos de guiar nuestra vida, del mismo modo como lo son las expresiones que tenemos por verdaderas. Consideramos que dicha máxima se fundamenta de manera consistente en el pensamiento de Nicol.

Finalmente, también debemos recapitular el motivo por el cual hemos llevado a cabo la presente investigación, pues es relevante para juzgar la pertinencia de dicho trabajo. Dicho de manera puntual, el principal motivo de este trabajo es abrir de nuevo la discusión de los problemas de la ética y provocar el diálogo acerca de lo que se considera que es moral y lo que no, de manera general en el actuar cotidiano, y no sólo en situaciones límite o específicas. Se trata de retomar el diálogo mediante un planteamiento concreto, mediante una tesis que implica una toma de posición respecto a la moralidad de las acciones. Tal como ya habíamos dicho con ayuda de una cita de Nicol en el apartado 3.2 de este trabajo, la intención es terminar con el relativismo sin más que se deriva del énfasis en el carácter histórico de toda expresión. Si bien no pretendemos causar un cambio fáctico en el comportamiento de los seres humanos con el mero planteamiento de nuestra máxima absoluta, sí pretendemos evitar que quienes consideramos que obran de manera inmoral puedan justificar teóricamente su actuar, sin que nosotros podamos oponer a sus argumentos nuestra propia reflexión, a la luz de la cual sus actos quizá resulten ser inmorales.

Por otro lado, también hemos de mencionar nuestro interés por encaminar alguna futura investigación hacia la reflexión sobre la enseñanza de la ética. En tanto que el planteamiento respecto a la eticidad inherente a todo ser de la expresión es uno que hace patente la ineludible responsabilidad de todos nuestros actos, y más específicamente, muestra las valoraciones sobre los modos en los que podemos elegir vivir, a saber, de manera auténtica o inauténtica, las cuales representan nociones que pueden servir como guía para cualificar las acciones propias de cada estudiante, en ese sentido es que la posibilidad de ahondar sobre la enseñanza de la ética a partir del pensamiento de Nicol se muestra interesante. Reiteramos que dichas valoraciones acerca de los modos en los que

podemos elegir vivir, tienen la gran ventaja de que no consisten en reglas que prohíban u obliguen a nada acerca de alguna acción en específico, sino que se trata de nociones generales que sirven para cualificar las acciones de acuerdo con su circunstancia, que siempre es diferente.

A final de cuentas es inevitable que haya muchas morales diferentes y que cada quien obre con libertad de acuerdo con su moral propia. Pero no por eso nos abstendremos de postular una máxima absoluta auténticamente fundamentada. En última instancia concordamos con Eduardo Nicol respecto a lo que debemos esperar de los filósofos en nuestros días:

Se han acabado las greguerías filosóficas [...] no es esto lo que los pueblos y los tiempos le piden al filósofo. Y entiéndase bien que no le piden cosas desmedidas; no le piden que diga la última palabra, con la cual debamos todos coincidir, ante la cual debamos inclinarnos. Le piden seriedad; y acaso le agradecerían un poco de sentido del buen humor consigo mismo. Le piden que no olvide la responsabilidad del pensamiento, pues, aunque discrepemos del filósofo, su obra es ya fecunda y positiva cuando nos vemos obligados a respetarla por su intención austera de verdad y por su conciencia limpia de vanidades.⁸¹

⁸¹ *Ibidem* p. 235

Bibliografía.

Bibliografía básica.

NICOL, Eduardo. *Crítica de la razón simbólica*. F.C.E. México 2001.

NICOL, Eduardo. *La Idea del Hombre*. F.C.E. México 2003.

NICOL, Eduardo. *La Vocación Humana*. F. C. E. México 1997.

NICOL, Eduardo. *Metafísica de la expresión*. F.C.E. México 2003.

PLATÓN *El Banquete*. Tr. Luis Gil en PLATÓN *Obras Completas*. Tr. María Araujo, Francisco García Yagüe, et. al. Aguilar, España 1974.

PLATÓN, *Teteeto Diálogos V*, Gredos, Madrid 1998.

Bibliografía complementaria.

CUEVAS, Mauricio, “*El ser del hombre en Eduardo Nicol. Implicaciones éticas.*” en *Eduardo Nicol (1907-2007) Homenaje*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2009

GONZÁLEZ, Juliana “*Ética y Metafísica en la filosofía de Eduardo Nicol*” en *El Ser y la Expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1990.

HORNEFFER, Ricardo, *Eduardo Nicol, semblanza*, El Colegio de Jalisco y Generalitat de Catalunya, Zapopan, Jalisco, México 2000.

PADILLA, Teresa, “*Metafísica y humanismo en la obra de Eduardo Nicol. Fundamentos metafísicos, antropológicos y éticos del humanismo en la filosofía de Eduardo Nicol.*” en *Eduardo Nicol (1907-2007) Homenaje*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2009

SAGOLS, Lizbeth, “*Ethos y Logos*” en *El Ser y la Expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1990.